

Selección TERROR

MAQUIAVELICA

Frank Caudett

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

MAQUIAVELICA

SELECCION TERROR Nº453

Perteneciente a la colección PULP aportada por Minino Gris

ISBN: 9788402025067
Generado con: QualityEbook v0.67

MAQUIAVELICA

FRANK CAUDETT

Colección SELECCION TERROR n.° 453.
Publicación semanal.

ISBN 84-02-02506-4
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: noviembre, 1981

S. A. Camps y Fabré, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del vanes «N-132, Km 21.650)
Barcelona - 1981


SELECCION
TERROR

PRESENTACION

MONIQUE Dubois es una mujer realmente impresionante; una auténtica fuera de serie.

Su belleza arrasa los cauces de la normalidad y deja atrás las fronteras de lo inverosímil para alcanzar un grado de exquisita perfección que debe causar estupor a la propia natura creadora.

Todo se inicia en los matices rubio-cenicientos de su largo cabello, sedoso, que cual moldura de terciopelo acaricia el óvalo de su rostro en el que tienen vida, movimiento y color, unas pupilas de dispar tonalidad… son verdes, deben serio, no obstante, cuando la claridad reverbera en ellas surgen de los globos oculares unos destellos en principio ambarinos, después azulados, más tarde violáceos, que acaban por convencer de que en el interior de sus órbitas oblicuas, chinescas, tiene albergue un doble, magistral y fabuloso arco iris.

La boca es una pincelada sugestiva de madurez escarlata, un sangriento oasis en su faz perfecta, que componen sus labios sensuales y carnosos al unirse en impecable arco, ofreciendo la tibia humedad y levemente agrietada lozanía de lo que puede ser excelsa partitura de un beso.

La agresividad felina de todas sus formas que destilan una febril dosis de sexualidad se evidencia en el recorte opresivo, excitante, que de su cuerpo curvilíneo manifiesta la ceñida bata blanca en que acostumbra a encerrar la prodigalidad de sus encantos cuando *trabaja*: su anatomía es prolija y exuberante, escultural y generosa en sus relieves. Palpitante y obsesiva la dúctil firmeza de sus pechos enhiestos y deseables, sensacionales, y fascinante la esbeltez de su talle flexible y cimbreño, la suave ondulación de sus caderas prietas de hipnótico rodar, la línea estilizada de sus piernas largas magistralmente torneadas.

Debe encontrares entre los veintisiete y treinta abriles: pero es tan primorosa y delirante que nadie piensa en su edad cuando se recrea contemplando la exquisita perfección de su humana geografía.

Pero a un lado sus múltiples encantos, sus innumerables galardones físicos, sus diplomas de belleza sumarísima, Monique Dubois, *mademoiselle* Monique como la suelen llamar sus fanáticos

seguidores, es una mujer inteligentísima en contraposición a las filosóficas teorías de Schopenhauer cuando afirmaba aquello de que la mujer ora un animal de cabellos largos e ideas cortas. Ella, dice que «VE». Y el «VER», en este caso, significa que puede avanzar o predecir el futuro de cualquier persona, que está en condiciones de asegurarle si el familiar que reposa en una cama de un hospital sobrevivirá a la intervención quirúrgica, si el negocio emprendido tendrá una próspera continuidad, si el turbio propósito del enemigo que pretende destruirle podrá ser eludido, si aquella mujer a la que adora llegará a corresponderle, si sus ansias de fortuna se verán coronadas por el éxito… es, en suma, una supuesta *vidente* que cuenta en la ciudad estadounidense de Baltimore con centenares de fieles adictos que ven en *mademoiselle* Monique a un ser sobrenatural y supremo. Se dice, incluso, que la misma policía acude a consultarla cuando el caso es grave y la solución se presenta difícil o imposible.

Pese a no poseer estudios superiores —ni tan siquiera inferiores—, puesto que nació en una mísera callejuela del barrio parisino de Montmartre y en el seno de una familia más que humilde, paupérrima, lo que sí ha hecho Monique es leer mucho; mejor, muchísimo. Posee profundos conocimientos acerca de los modernos tratados psicológicos sobre la mente humana, siendo una eminente versada podríamos llamarla una *amateur*— en psicoanálisis, materia que ha llegado verdaderamente a apasionarla, identificándose al máximo con los estudios o teorías de Charlot, Breuer, Freud y otros. Todos estos conocimientos adquiridos mediante la lectura, unidos a su inteligencia natural, ayudan enormemente a *mademoiselle* Monique cuando llega el momento de partir con sus abundantes y fieles seguidores, con esos cientos de hombres y mujeres que tienen fe en ella.

Basta decir que posee un magnifico y modernísimo… consultorio, sí, consultorio, ¿por qué no?, en el 928 de Franklin Delano Roosevelt Avenue, en la llamada zona residencial de Baltimore, para que se comprenda lo mucho que a *mademoiselle* Monique le ha rentado el hecho simple de… «VER»

Lo que se ignora, lo que no se sabe, lo que su público ferviente no puede llegar ni a intuir, es que *mademoiselle* Monique es una mujer maquiavélicamente ambiciosa, terrible mente diabólica, en cuya mente de inteligencia no exenta de crueldad y carente de escrúpulos, germina la simiente siniestra de un proyecto infernal que espera poner en práctica cuando llegue el momento oportuno.

Pero… no nos adelantemos a les acontecimientos, dejemos que sea incluso la propia Monique Dubois quien nos haga partícipes de sus turbios propósitos.

He pasado demasiada hambre, he sufrido demasiado… he sido maltratada por la vida sin piedad ni compasión… lo suficiente como para

que no quede en mi corazón ni en mi espíritu un solo átomo de amor, cariño, bondad, ni tan si quiera el menor sentimiento humano. Odio a la gente, a toda la humanidad que me rodea, pienso en el placer de poder destruirla entre mis propias manos, de pulverizarla… siento dentro de mí la necesidad imperiosa de hacer daño, daño, MUCHO DAÑO.

Por eso mi mente se regocija en miles de pensamientos maquiavélicos y en uno especialmente que deberá trasladarme al cénit de mi ambición, a la cima del poder que tanto anhelo y que me permitirá gozar de los medios necesarios para hacer daño… MUCHO DAÑO.

Mi odio hacia el mundo y la vida se remonta a los tristes días de mi infancia, a las repudiables escenas de mi padre, un borracho repugnante, ebrio siempre como una cuba, zarandeando a mi madre, lacerándola sin piedad, cosiéndola a puñetazos y puntapiés porque se negaba a acostarse con tan repelente animal, aturdido por el alcohol y obsesionado por los placeres de la carne. Luego, más tarde, mi triste adolescencia, deambulando por el laberinto de los callejones de Montmartre, medio desnuda, robando todo aquello que podía para llevármelo a la boca y comer con desesperada fruición. Siempre rodeada y perseguida por la babeante inmundicia del hombre, de ese ente despiadado y lujurioso que me acechaba en cada esquina persiguiendo febrilmente mis encantos, devorándolos con ojos plenos de lascivia, con el decidido afán de manosear mis pechos y nalgas, de morderme los labios, de palpar afanosamente mi intimidad con el ansia delirante de alcanzar lo definitivo, de mecerse en el éxtasis que podía proporcionarle mi carne juvenil y fresca.

Fue en aquella época cuando decidí hacerle caso a Jean Paul Blanchard —el único que por mi propia voluntad había conseguido poseerme— y marcharme con él, de polizonte ambos, en el carguero donde su hermano estaba enrolado de pañolero.

Como colofón, mi llegada, nuestra llegada clandestina, a la impresionante urbe de los rascacielos, a la imposible Nueva York con que siempre había soñado. Tuve que pagar el precio del amor, la entrega de mi cuerpo, para que Jean-Paul y yo obtuviésemos unos documentos —todavía no sé si legítimos o falsos, pero válidos eso sí— que acreditasen nuestra condición de residentes y nos permitieran movernos sin temor a que un estúpido oficial del departamento de inmigración nos obligase a reintegrarnos a nuestro lugar de procedencia.

Más hambre, más privaciones, más sufrimientos, nuevas proposiciones obscenas algunas de las cuales hube de aceptar para seguir combatiendo por la supervivencia.

Nueva York no estaba siendo todo lo óptima y generosa que yo había imaginado en principio. Por eso saltamos a Baltimore. Y aquí sí, en esta ciudad sí, aquí, al fin, llegó el génesis de lo que ahora soy yo: mademoiselle *Monique.*

Mas, ya creo haber significado con la mayor claridad, sin rodeos, que no queda absolutamente nada de bueno dentro de mí, que ignoro los escrúpulos, que odio cuanto me rodea, que vivo sin conciencia y no tengo más meta que la ambición, el dinero, el poder y con ellos encontrar la satisfacción de poder hacer daño, MUCHO DAÑO. Por y para ello, en mi mente maquiavélica ha germinado una plan magnifico, tan maravilloso como diabólico, que ha de convertirme en la mujer multimillonaria que siempre he soñado ser desde que, medio desnuda y dejando en más de una ocasión que abusaran de mí, corría por las calles de Montmartre robando lo que fuese para hacer callar a mi estómago.

Millonaria, sí. Porque el dinero lo puede todo… ¡todo! Y cuando lo tenga podré hacer daño sin piedad, todo el daño que siempre he deseado hacer.

Quizá otra se conformaría con lo que he conseguido; pero Monique Dubois no se conforma, ¡NO!

Quiero ir mucho más lejos.

Tengo un maquiavélico proyecto para ello.

Y una víctima ideal: PERCIVAL WARDEN.

Véanlo, véanlo…

PROLOGO PRIMERO

ERA un largo y afiladísimo bisturí.

Un largo bisturí, sí.

Se alzó en su mano, brillante y cegador al herirle la luz, suspendido como una candileja fantástica y alucinante, horrible, contrastando contra el inmaculado blanco de las paredes.

El, sabía a ciencia cierta que iba a cometer un crimen. Sabía que iba a hincar el bisturí, brutalmente, en el cuello de la persona que se encontraba tendida en el sofá de tapizado color piel de leopardo.

Y la persona que se hallaba tendida, inmóvil, relajada y tranquila en aquel sofá, era… *mademoiselle* Monique. Ella, que había estado tratando de dominar sus emociones, de controlarle, de paliar sus accesos dementes. Ella, bajo el bisturí que, como un helado filo de muerte, se fue directamente y con rectitud hacia su garganta.

Chilló.

CHILLO DESESPERADAMENTE.

Y el aullido sonó en sus mismos oídos como un trallazo agudo, febril, atroz. Pero eso fue antes de que el bisturí llegase a su cuello. Después, va ni siquiera fue chillido.

No sabía si se escuchaba con mayor nitidez el gorgoteo de la sangre, escapando del enorme boquete de la garganta, donde el bisturí se hincaba salvaje, sádicamente, con feroz complacencia, rasgando epidermis, carne e incluso vértebras, haciendo jirones el terso cuello de cisne e iniciando ya el degollamiento, el tajo definitivo, de lado a lado… no sabía, en aquel instante trágicamente crucial, si sonaba más el gorgoteo de la sangre que el grito que acababa de proferir, ahogado ya por la espantosa agresión.

Se debatía en un baño horrendo de sangre. Y él, su hasta entonces *paciente*, con terrible placer e insistencia, reía y se burlaba de ella haciendo guiños diabólicos y grotescos. Se deleitaba paradisíacamente con el espanto de la mujer, con su dolor, con su desesperante y sangrienta agonía.

Pareció que intentaba hablarle, gritarle con desespero:

«—*¡PERCIVAL…! ¿Por qué haces esto? No te das cuenta de que te estás destruyendo a ti mismo. ¿No comprendes que conmigo… MUERES*

TU?

Pero no podía hablar, no podía hacer otra cosa que morir… que en el fondo ya era algo. Morir, bajo la mano ruda, feroz, despiadada, de Percival Warden. Del hombre que había elegido como víctima ideal y propiciatoria de su ambicioso y maquiavélico proyecto. Morir allí, contemplada por su rostro contraído, sus menudas pupilas chispeantes de placer asesino, su expresión ebria y delirante de sadismo.

El cuerpo de Monique Dubois se debatió en medio del torbellino, del huracán sangriento y devastador. Y el bisturí, de súbito, se movió de lado a lado. Segó su garganta. La sangre la envolvió como si de un baño diabólico se tratase, la cegó, precipitándola hacia los confines de un abismo rojo y espeso, donde sólo se percibía el eco vacío y perdido de las carcajadas demenciales de Percival.

¡¡¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA!!!

Después, silencio.

Un impenetrable, rígido y trágico silencio.

Luego…

La mujer, completamente serena, suspiró más que con alivio con estoica indiferencia. Y sin apartar sus penetrantes pupilas, de las ratoniles y encogidas, como todo él, del hombre, inquirió:

—¿Y eso es todo, Percival?

Pareció sorprenderle el interrogante. Sorprenderle enormemente.

—¡Pero…! —balbució—. ¿Le… le parece poco, *mademoiselle* Monique? —jadeaba, enjugándose el sudor con nerviosismo, haciendo un roce como de papel de lija, al pasarse el dorso de su mano por encima del vello de la barba.

—Creí que había algo más, Percival.

—¿Más? —casi bramó él—. No podía haber más. ¡Yo la estaba asesinando, *mademoiselle*! ¡Yo la asesinaba a usted porque se negaba a corresponder a mi vehemente pasión! Al amor desesperado y ardiente que siento por…

—Eso ya me lo ha explicado, Percival —le interrumpió con evidente monotonía, pues estaba harto acostumbrada a los sueños de Percival Warden; a las vivencias de su subconsciente en las que perseguía obstinadamente el deseo que en su lúbrico cerebro despertaba el cuerpo apetitoso de Monique… *sueños que eran precisamente el preludio del maquiavélico y ambicioso proyecto de ella*. Agregó—: Y luego… ¿no ha soñado nada más?

Percival, que era un hombre menudo e insignificante, un tipo mal hecho y hasta algo repulsivo, pero podrido de millones de los pies a la cabeza —el banquero de mayor entidad económica de Baltimore y accionista de dos importantes explotaciones petrolíferas de Austin (Texas)—, y ahí radicaba su único pero poderosísimo encanto de cara

al personal femenino —sus muchas aventuras eróticas, sus devaneos porno con chicas de moral más que dudosa pero de físico exultante eran del dominio público en todo Baltimore pero se comentaban en voz muy queda, o se ignoraban como hacía su sacrificada esposa Margaret, porque Percival en un abrir y cerrar de ojos podía mandar a más de uno y cien a la absoluta ruina—, único, sí, que le quedaba a aquella birria de individuo, a aquella caricatura de ser humano; Percival, decíamos, se pasó la lengua por los agrietados y finos labios, resecos al máximo ahora, antes de responder a la pregunta: —Sí…

—¿Y qué ha sido ello? —insistió la excitante y atractiva fémina.

—Pues… que usted salía del ataúd donde la habían introducido… *ocupando su lugar el cadáver de mi esposa.*

—Eso está claro, Percival. ¿No lo comprende?

La miró con expresión estúpida. Para eso, desde luego, no tenía que hacer grandes esfuerzos.

—¿Comprender…? ¿El qué?

—Pues sencillamente… *que quien usted desea que muera en realidad es su mujer, para luego reunirse conmigo y disfrutar del amor apasionado que me profesa. Para saciar el apetito que mi cuerpo despierta en sus instintos.*

—¡Eso es horrible!

—Pero yo puedo ver con toda claridad… *que lo desea.*

—¡ES HORRIBLE! -repitió.

—Y por horrible que sea… *¿no le agradaría que se convirtiese en realidad?*

La pregunta directa y concreta pareció catapultarlo contra el fondo de la silla, sembrando en el interior de su cerebro medio tarado por la lujuria, un sinfín de dudas, una vorágine de confusiones, un caos vertiginoso.

Y como un autómata, musitó:

—Sí…

—*Sólo tiene que matarla, Percival —le susurró ella, tenuemente.*

Pegó un brinco de la silla, bramando:

—¡No…! ¡NO SOY CAPAZ DE ESO!

—Pero yo puedo conseguir que lo haga, Percival.

Engulló una buena cantidad de saliva mirándola con sus pequeñillos y deslucidos ojos al borde de las órbitas.

—¿Có… cómo? —tartajeó.

—Por medio del psicoanálisis —contestó, segura, sin la menor vacilación.

—¿Psicoanálisis…?

—Si —el cabezazo de la maquiavélica y sexual Monique fue

decisorio. Agregó—: Es una ciencia apasionante. Percival. Una fusión magnífica que permite no sólo estudiar los desarreglos de la mente, sino también la psicología del ente humano. ¡Si supiera la de cosas que pueden conseguirse por medio del psicoanálisis! Una de sus terapéuticas principales es la hipnosis… Sí, ese acto que la gente atribuye a procedimientos de magia y que es un simple hecho científico. A través de la hipnosis por magnetismo, Percival, igual puede curarse una enfermedad del *psyqué… que producirla*. Llevo algún tiempo efectuando ensayos y experimentos en ésta su última *utilidad*… y he llegado a la conclusión exacta de que puedo conseguir la creación de una personalidad esquizofrénica en el interior del más sano de los cerebros que pueda encontrarse.

Hizo una pausa para comprobar con diabólica complacencia la absorta atención que Warden prestaba a sus explicaciones, prosiguiendo:

—Es algo así como la dualidad utópica de dos seres fundidos en uno solo… cristalizada en la mente. Es dar vida a dos personajes distintos, diametralmente opuestos, que siendo la antítesis uno del otro comparten unas mismas neuronas, una igual inteligencia; es conseguir que un individuo de honradez intachable, de sanos principios morales, de nobles sentimientos… se convierta en un horrible monstruo cometiendo las aberraciones más inimaginables, porque sus instintos de bondad se mutan en un momento determinado dejando paso a manifestaciones morbosas, criminales, vesánicas. ¡Ah!, y no debemos olvidar que esas dos personalidades creadas en el interior de la misma mente, se desconocen, se ignoran, son totalmente ajenas entre sí. La monstruosidad ignora a la nobleza, y viceversa. Es, en resumen, como comprenderá, o quizá no, invertir el proceso psicoterapéutico que se utiliza para descubrir las vivencias reprimidas del subconsciente.

Tras la extensa tesis de ella, después de aquella explicación cuya terminología no había captado por completo, pero sí el extracto concreto que podía aplicarse a la problemática inicial de la conversación iniciada con el planteamiento de su extraño sueño, Percival Warden quedó vivamente impresionado.

Al término de un largo paréntesis de silencio, con pánico y decisión trémula al mismo tiempo, se atrevió a preguntar:

—¿Y… es ése el sistema que piensa utilizar conmigo para que asesine a mi esposa?

—Exactamente —le respondió.

—¿Y luego…?

—Luego, Percival, tú y yo… —lo tuteó por vez primera—, nos casaremos. Y me convertiré en una mujer amante y fiel que te entregará ese cuerpo que tanto anhelas poseer y en el que podrás

saciar esa fiebre de pasión que sientes por mí.

El, que cada vez parecía tener menos temor ante la idea, articuló:

—¿Y Sonia? Mi hija quizá no vea con buenos ojos que yo vuelva a contraer…

—¡Bah, Percival, no seas absurdo! No entiendes a la juventud, está claro. Ella es una chica moderna y liberada que no tendrá la menor objeción a que su padre rehaga su vida. Todo lo contrario.

—¡Pero…! ¿Y la policía?

—No es un vulgar y sangriento asesinato lo que yo conseguiré que tú realices… sino un simple accidente o descuido. Una cosa o la otra, *pero mortal*. ¿No me has dicho en alguna ocasión que Margaret se lleva a casa la correspondencia que recibe en esa asociación de caridad de la que es presidenta, en ese absurdo tejemaneje religioso con el que distrae sus horas de ocio y en el que invierte parte de tu fortuna, y que contesta ella personalmente?

—Sí… —titubeó.

—¿Y no me has dicho también que la mayor parte de esas noches, para evitar que el sueño la venza, hace uso de estimulantes?

—Sí…

—¿Qué clase de estimulantes, Percival?

—Creo… creo que usa indistintamente «Centramina» o «Simpatina».

Una sonrisa extraña, maquiavélica, floreció en los sensuales y carnosos labios de Monique.

—Existe un producto llamado anfetamina que es uno de los componentes base de estos estimulantes que has citado, un excitante de las funciones normales del sistema nervioso central… pero la anfetamina pura, en polvo, diluida en un vaso en las dosis necesarias, puede… produce mejor dicho un *shock* cardíaco de irreparables consecuencias. ¡Ah… pero no lo haremos de una vez! Cada una de esas noches irás aumentando la dosis de anfetamina hasta que…

—¡NO SERE CAPAZ! —chilló como una rata histérica, saltando de la silla y volcando su tórax esquelético encima de la mesa a la que estaba sentada Monique.

—¿Olvidas que he hablado de obligarte… que te he explicado los milagros de la hipnosis por magnetismo?

Y tras este doble interrogante, accionó uno de los pulsadores situados en el reborde inferior de la mesa metálica, sumiendo la estancia en tupidas y densas tinieblas. Un segundo después, hizo que brotase del techo un torrente de luz cegadora, blanca y brillante, hiriente, cuyos rayos impactaron encima de una de las paredes, cuya superficie —merced a un perfecto juego electrónico— era de color intensamente negro.

De súbito, otro intensísimo y potente rayo de luz, cono luminoso mejor dicho, se estrelló sobre el rostro estúpido y asombrado de Warden.

Y ese cono luminoso comenzó a girar, girar, girar, girar, girar, girar… ¡GIRAR!

¡¡¡GIRAR!!!

Y dejó de hacerlo cuando ella lo estimó conveniente.

—¡Percival! ¡Percival…! ¿Me oyes?

Y con los ojos completamente cerrados su voz pareció llegar de muy lejos hasta los oídos de Monique.

—Sí…

—¿En qué piensas, Percival?

—En… en nada.

—Perfecto, mi prometedor asesino, perfecto. Y ahora, muy despacio, descorre los párpados, mira hacia la pared negra iluminada y dime lo que ves.

Obedeció maquinalmente.

—Veo… veo una mancha muy grande, muy confusa, que se mueve y danza locamente. —No, no es eso lo que ves, mi querido Percival. Estás viendo a… *Margaret, tu mujer*. Y… *el vaso de leche que tiene a su lado*. Y estás viendo también… *cómo tu mano derecha vierte unos polvos blancos en ese vaso*. ¿VERDAD QUE ES ESO LO QUE ESTAS VIENDO, PERCIVAL WARDEN?

Tras un fugaz lapso de silencio, escuchó su voz, ahora más clara y perceptible, respondiendo:

—Sí… es eso lo que estoy viendo. Margaret, el vaso, y… MI MANO VERTIENDO UNOS POLVOS BLANCOS EN ESE VASO.

—Y eso, precisamente… *es lo que harás cada noche que yo te lo ordene, ¿verdad, Percival?*

—Sí… ESO HARE CUANDO TU ME LO ORDENES.

Al instante se apagó la cegadora luz que iluminaba la pared negra, se encendieron las normales y, dando una palmada en el aire, Monique exclamó:

—¡Eh, Percival! ¿Te has dormido?

El parpadeó asombrado.

—¡Oh, sí…! —exclamó con gesto ridículo—. Perdóneme, *mademoiselle* Monique, perdóneme.

* * *

El hombre, un tipo de estupenda presencia, de atlética estampa, y maneras clásicas de consumado *maquereau*, penetró en la estancia con aire suficiente.

Se fue hacia ella, que ya se había incorporado, saliendo de la mesa a su encuentro.

—¡Hola, pequeña! Estás deliciosa, como siempre.

Y la abrazó, empezando a palpar sus contornos por encima de la bata. Friccionando con placer y deleite los glúteos para subir luego intentando entreabrir la tela y buscar aquellos pétalos que entre aquélla y la yema de sus dedos no ofrecían ya otro obstáculo. Monique retiró las manos del hombre.

—Calma, Jean-Paul, calma. Sólo piensas en lo mismo.

Se estaban besando en la boca. Comiéndose literalmente los labios.

—¿Y tú, en qué piensas?

—También, pero menos. Me gusta encontrar placer en ti, pero sabes que me entrego sin amor.

—Te he oído decir que el amor no existe.

—Al menos para mí —respondió Monique—. Pero soy de carne y hueso y no puedo negarme al deseo. Sólo deseo, Jean-Paul. De una forma irracional, sin que los sentimientos intervengan para nada. Así, siempre seré dueña de mis actos, propietaria de mi mente que no se verá ofuscada por ningún sentimiento estúpido.

El fulano le dio un giro a la conversación.

—¿Estás segura de conseguirlo, Monique?

—¿Te refieres a ese imbécil de Warden?

—Sí —cabeceó Jean-Paul.

Una risa diabólica surgió por entre los labios sensuales de la hembra.

—¡Naturalmente, *mon cher*! He tenido que esperar durante largos y duros años esta oportunidad… ¿Crees que puedo desperdiciarla cuando me la ofrecen en bandeja de plata?

—Pueden haber complicaciones, Monique. ¿Olvidas que la hija de ese fantoche va a casarse con un policía?

—El amor también obnubila la mente de los servidores de la ley. Si un médico certifica la muerte de quien no llegará a ser su suegra, ¿qué diablos le importa a ese policía el porqué del óbito? Todo está previsto, Jean-Paul. Nos daremos la gran vida… y yo podré vengarme en otros de aquellos que me pisotearon. ¡Si supieras las ganas que tengo de hacer daño! ¡MUCHO DAÑO!

—¿Te parece poco el que vas a causarle a esa familia? Porque luego piensas deshacerte de Percival, ¿no?

Otra carcajada maquiavélica.

—¡Por supuesto! ¿Crees que soporto la idea de meterme en la cama con ese reptil más tiempo del imprescindiblemente necesario? Lo de ella… *será accidental*. Una sobredosis de estimulantes. Lo de él… *un suicidio.*

Volvió a besarla en la boca.
—Eres maquiavélica.
—No lo dudes, Jean-Paul, lo soy. LO SOY…

PROLOGO SEGUNDO

PESE a haber dado la vuelta a la esquina de los cincuenta, Margaret Warden, de soltera Douglas, pero había perdido apellido y celibato para contraer nupcias, años ha, con un hombre que hasta en sus años mozos había carecido del menor atractivo varonil, pero que sí estaba dotado ya de una acaudalada fortuna —*sotto voce* se murmuraba, o se había comentado porque el tiempo lo borra todo, que Margaret, cediendo a las presiones familiares para salvar una crítica situación financiera de su progenitor había accedido al sacrificio de emparejarse con aquella negación física del hombre—, pese a que el medio siglo quedaba atrás en su edad, decíamos que Margaret, esposa del multimillonario banquero Percival Warden, seguía siendo una mujer exquisita, conservando profundos rasgos de la belleza que la caracterizaba en su juventud.

Su boda con Warden había frustrado a más de uno. En especial a su más rendido admirador, Terence Kubrik —éste sí que le decía algo a la hermosa Margaret y ella también le había dicho a él más de una frase esperanzadora y aceptado más de un beso juvenil de los labios de aquel hombre de excelente estampa y educados modales—, que con los años había de convertirse en uno de los más famosos y expertos cirujanos en el campo de la plástica y quien, al principio, no dándose por vencido ante lo que consideraba absurda decisión —el matrimonio entre Percival y Margaret no podía calificarse con otro adjetivo, mirando al uno y extasiándose en la otra—, inició unos asiduos escarceos para conseguir aunque fuese de forma ilícita los favores y el amor de la mujer.

Pero se tropezó con un obstáculo insalvable: no los sentimientos de Margaret hacia el que era su marido, porque no le inspiraba ninguno, pero sí las firmes convicciones católicas y morales de la mujer que se convirtieron en un obstáculo infranqueable para el médico. De no haber sido por ello, Terence Kubrik, sin duda, hubiera obtenido el premio apetecido a su tenaz perseverancia.

Había acabado casándose… porque un cirujano de su categoría necesitaba forzosamente en beneficio de su carrera ofrecer la imagen estereotipada y perfecta de la clásica y «feliz» familia americana.

Margaret, sí, seguía siendo bella.

Aunque puede que en eso, actualmente, tuviese bastante que ver la eficiencia de los servicios prestados en el prestigioso instituto de belleza que visitaba asiduamente, donde las expertas y milagrosas manos de las *esthéticienne*, tomando como base la marchita hermosura de Margaret conseguían devolverle vestigios de su pasado floreciente.

También en lo estilizado y grácil de su figura habían evidencias de una dieta drástica, de bastante horas de gimnasio y abdominales y, desde luego, el imprescindible concurso de las modernas maravillas de la corsetería.

Lo que se conservaba innato era la fina elegancia dé Margaret, que elegía cuidadosamente los atuendos, discretos pero lujosos, que mejor sentaban a su anatomía y contribuían poderosamente a su realce, para lo cual, no necesitaba de grandes alardes.

En aquella tarde, por ejemplo, evolucionando en la dependencia que en la Parroquia de San Jacobi Apóstol de Baltimore, estaba destinada a los miembros de la Obra de la

Visitación de Nuestra Señora, hermandad dedicada especialmente a la caridad y visita a los enfermos pobres de aquella circunscripción parroquial, de la que era presidenta o directora general Margaret, su innata elegancia quedaba una vez más de manifiesto.

Encerraba su armoniosa figura un vestido de seda estampada en tonos ciruela con ancho cinturón en negro que hacía destacar la brevedad de su cintura. En la garganta un sencillo collar de doble vuelta, y el cabello peinado hacia atrás, muy estirado, que descubría su frente haciéndola más ancha y resaltando así la perfección del óvalo, donde las arrugas, ya lo hemos dicho, quedaban ocultas merced a los buenos servicios de la *esthéticienne*. En la nuca, un artístico moño, remataba con gracia el artístico peinado.

Pese a todo aquello, pese al externo ofrecimiento de los aún latentes vestigios de su belleza impecable, un rictus de tristeza, una evidente sombra de preocupación descendía sobre las facciones de Margaret.

Lo hizo notar, con su instintiva y espontánea pregunta, Laura Donovan, amiga íntima de Margaret desde hacía muchos años y compañera infatigable en las tareas caritativas de la Obra de la Visitación en la que ocupaba el cargo de secretaria. Así:

—¿Tienes problemas, verdad?

Se mordió el labio inferior.

—Sí —repuso tras una breve duda—. A ti no tengo por qué ocultártelo.

—¿Percival? —insistió la otra.

—Como siempre. ¿Quién si no?

Laura Donovan ensayó un gesto que equivalía a comprender y

compartir el abatimiento de su amiga.

—Otra mujer, ¿no? ¡Pero…! ¿Cuándo va a cansarse ese cretino? Supongamos que no piensa en ti, porque es evidente que ni lo hace ni le importa, pero su hija… Sonia ya tiene veinticuatro años y está a un paso del matrimonio. ¿No comprende Percival que la perjudica con sus… llamémosle aventuras?

Margaret ensayó un encogimiento de hombros al tiempo que rodeaba la mesa para tomar asiento en ella.

—Sonia, como la mayor parte de los jóvenes de hoy en día y como dicen ellos en ese argot progresista que utilizan con tanta frecuencia, «pasa» de los problemas familiares. No es una muchacha excesivamente hogareña y creo que en parte ni se entera…

—Mira, chica, perdona que sea tan cruda, pero tampoco has tenido suerte con tu hija. No ha heredado ni una sola de tus virtudes cristianas, de tu caridad, de tu abnegación…

—A veces, Laura, pienso que he sido abnegada por fuerza. La conducta de Percival me ha obligado a ello. Lo de esta vez… —volvió a dudar y a morderse el labio inferior—, créeme, es más preocupante que nunca. No se trata de un simple esparcimiento erótico, de una aventura más o menos inmoral…

—¿Entonces? —la interrumpió la otra arqueando las cejas con palmaria sorpresa—. ¿De qué se trata?

—Se ha enamorado de una mujerzuela que goza de cierta popularidad en algunos sectores de Baltimore. Y le veo dispuesto a cualquier cosa.

—¿Te refieres al divorcio?

—A Percival no le conviene el escándalo. Algo peor…

—Sigo sin entenderte. Y, ¿quién es la miserable que tan profundamente ha excitado la lascivia de tu marido?

—Monique Dubois.

—¡Ah! —exclamó Laura con acento despectivo—. Esa furcia de lujo que se las da de vidente. Sí, tiene cierta credibilidad entre los ignorantes, estúpidos y herejes de esta urbe, que se han constituido en una especie de corte de imbéciles degenerados que rinden culto y pleitesía a esa… ¡me callo porque iba a pronunciar una palabra muy gorda! Pero Margaret… ¿estás segura de que lo de Percival y esa individua puede ir en serio? —Completamente —afirmó la otra—. Desde hace un par de meses lo hago vigilar estrechamente por mediación de un investigador privado. Los informes de este profesional no pueden ser más concretos, explícitos y alarmantes. Se pasa horas y horas en el consultorio, si así puede llamarse, de esa mujer, y como he dicho, temo lo peor.

—¿Qué es lo peor, Margaret?

Un silencio denso, agobiante, precedió a la respuesta lacónica y estremecedora: —Piensan asesinarme.

—¡Dios santo! ¡Pero…! ¿Y por qué no acudes a la policía?

—¿Con qué pruebas, Laura? La policía, sin evidencias, nada puede hacer.

La otra, que todavía no acababa de salir de su asombro, inquirió:

—¿Has pensado algo?

—Sí —afirmó—. No me dejan otra opción. Y para eso… te necesito, Laura.

—¡Estoy dispuesta a lo que sea, Margaret! Siempre hemos sido grandes amigas y si ahora ha llegado el momento de que te lo demuestre con hechos… ¿Qué necesitas de mí?

—Más que un favor… —a Margaret parecía hacérsele difícil lo que tenía que decir a continuación.

La propia Laura Donovan la animó:

—¡Venga, dilo! ¿Es que no sabes que puedes contar incondicionalmente conmigo?

Como si no la hubiese escuchado prosiguió con la frase que dejara interrumpida:

—…es un gran sacrificio. ¿Estarías dispuesta a…?

—¡A lo que sea, Margaret, a lo que sea!

—No. No me atrevo. Será mejor olvidarlo.

—¡Por Dios! ¿Es que quieres volverme loca?

—No, Laura. Pero tampoco tengo derecho a involucrarte en mis problemas personales y menos a pedirte… te lo he dicho, es un gran sacrificio. Honestamente no puedo ni tan siquiera suplicártelo… ¡No debía haberlo pensado! Sería una terrible injusticia por mi parte especular con tu bondad…

—¡Margaret, Margaret…! ¿No te parece que ya es suficiente? Amarás al prójimo como a ti mismo por amor a Dios, ¿recuerdas? Si ha llegado el instante en que yo pueda probar que eso es algo más que una frase, una expresión bonita con la que se engaña más de un católico porque supone que nunca la tendrá que llevar a la práctica… estás obligada a decirme lo que puedo hacer por ti. Yo te quiero, eres mi mejor amiga, y ardo en deseos de ayudarte. Habla, por favor, te lo ruego.

Inclinó la cabeza con abatimiento y tardó unos instantes en explicar:

—Si mis sospechas acerca de que Percival y esa mujer quieren asesi… acabar conmigo, la posibilidad de evitarlo y el consiguiente castigo que merecen por su actitud cruel y malsana, puede encontrarse si tu…

—¡Margaret! ¡Virgen santa, que eres difícil! ¿Quieres hablarme con

claridad? Basta ya de rodeos y circunloquios.

—Está bien, Laura. Es necesario que tu…

CAPÍTULO PRIMERO

—¿CÓMO ha llegado hasta mí, señorita… ha dicho Donovan, no?

Cabeceó afirmativa, iniciando una sonrisa entre pícara y burlona.

—¿Pretende que halague su vanidad, señor Evans?

Alzó la diestra, interponiéndola entre ella y él, como si dijera: «No he querido molestarla». Pero dijo en realidad:

—Estoy fuera de las mundanas adulaciones.

Shirley Donovan dejó escapar una tenue pero expresiva carcajada. Tan melodiosa como ella misma. Tan dulce y graciosa como ella misma. Tan cantarina y sincera como la luz de sus preciosos ojos color avellana. Y sus mejillas, bronceadas, a las que acariciaban unas hebras sueltas de su largo y sedoso cabello cobrizo dejaron aflorar unos picaros rosetones tan rojos y encendidos como sus propios labios que evidenciaban la carnosa humedad de una fruta madura, apetitosa, dispuesta para saborearse. Hasta se encogió, en gesto cautivador de suave ironía su graciosa naricilla respingona.

Porque en conjunto, aquella preciosa muñeca de simpática expresividad, resultaba agradable y deliciosa. Unía a sus encantos un hálito de inocencia y candidez ya en desuso, impropio y nada frecuente en la generación a la que por razones de edad estaba incorporada.

Vestía con sencillez, puede que hasta con el descuido y negligencia propios de una moderna y aventajada universitaria —en este punto sí respondía a las estructuras concretas de los avanzados movimientos de la juventud estudiantil, de los llamados contestatarios, «progres» y un sinfín de adjetivos más—, pero con un toque de elegancia al mismo tiempo. Jersey blanco con trenzas beige, con cuello de cisne, que parecía elaborado en angora, y unos sencillos *jeans* de piel de melocotón de color azul eléctrico. La suavidad del *sweater* intentaba ceñir tenuemente la indómita pujanza de sus pechos firmes y agresivos y lo mismo intentaban los vaqueros con relación al contorno delicioso de sus glúteos y caderas.

Oscar había dejado resbalar con cierta indiferencia pero manifiesta intención sus escrutadoras y negras pupilas por encima de aquel cuerpo pletórico y sugestivo, en la medida y los puntos anatómicos de

la muchacha que estaban a su alcance y en los que no se interponía la mesa que les distanciaba, aprovechando el pequeño silencio que ella misma había expuesto mientras se fundía el trino musical de su carcajada suave.

—¡Ah, ya…! —exclamó al fin la muchachita, que también había saturado sus ojazos de simpar belleza con la imagen varonil y apuesta del detective—. Pero no le disgusta que le regalen los oídos cantando sus eficiencias profesionales y recordándole una vez… y van… que es el más afamado investigador de la ciudad de Baltimore, ¿no?

La sonrisa ahora estuvo en boca del hombre.

—Nones. Ya sabía yo que estaba usted en un craso error, del que voy a liberarla inmediatamente. No es a mí a quien busca, señorita Donovan…

—¡Un momento, un momento! —se removió nerviosilla en el fondo del asiento—. Vayamos por partes: ¿No se apellida Evans?

—O.K. —admitió él. Aclarando—: Pero no el Evans… o los Evans a quienes usted…

—¿Quiere dejar de confundirme ya, por favor?

—Lo estoy intentando, prenda. Pero usted no me deja. ¿Le importa estarse calladita unos minutos?

Suspiró con fastidio.

—Le escucho.

—Gracias. Verá… —empezó, envolviéndola en una tibia mirada y una tenue sonrisa—, mi abuelo, que era un abuelo de los de entonces —había un velado pero perceptible matiz irónico en la inflexión de su bien timbrada voz—, fue un desertor, entre comillas, de la Pinkerton[1]. Se formó en aquella escuela como *prívate eye*[2], pesquisa[3], o como se nos quiera llamar, y luego se largó para crear la suya propia. Se le metió entre ceja y ceja que la saga de los Evans tenía que empalidecer el prestigio de los Pinkerton. En parte, sus cálculos se realizaron con bastante exactitud. Mi padre y mis dos hermanos, fieles continuadores de los credos de investigación implantados por el pionero de la saga, glorifican al fundador. Ellos son los famosos Evan, los hombres de la Agencia como hoy de les llama, los eficientes profesionales y más afamados investigadores de la ciudad de Baltimore, como usted ha dicho antes y, en definitiva, son los detectives a quienes en realidad quería acudir. ¿Está claro ahora, señorita Donovan?

No. Porque ahora estaba más confusa que al principio.

—Entonces… —musitó—. ¿Y usted? En la guía telefónica…

—Figuro con letras muy diminutas debajo del recuadro en el que se anuncia la Agencia Evans. Y por lo que respecta a ese «*¿Y usted?*» sorprendido e interrogante que acaba de pronunciar, le diré que en parte he salido al abuelo. Inconformista y renovador. Queriendo

imitarle, pero con menos éxito. Mi propia escuela no está dando los frutos apetecidos… así me luce el pelo. Observe a su alrededor, señorita: ¿cree que este agujero y el mobiliario que lo ocupa son propios de un detective afamado? ¡No me haga reír! Por eso me ha sorprendido su visita y la convicción en sus palabras de estar frente a una eminencia de las investigaciones. Ahora le facilitaré las señas de los auténticos…

—Ya estoy aquí —le atajó ella, resuelta—, y no sé por qué razón tengo confianza en su… *escuela.*

—¿Bromea, señorita Donovan?

—Llámeme Shirley. Y no bromeo, Oscar. ¿Es ése su nombre de pila, no?

—Ahí sí que ha acertado.

—¿Quiere ahora escuchar mi caso y las razones por las cuales quiero contratarle?

—Sí… —afirmó él. Añadiendo con rapidez—: Pero…

—¿Qué?

Sonrió, alborotando con las yemas de sus dedos los rizados cabellos negros que con una especie de flequillo rielaban su frente. Anunciando a renglón seguido:

—Seré sincero, Shirley. Se me presentan contadas… ¡Bah!, no soy sincero del todo. Es usted… —amplió la sonrisa—, sí, la primera mujer bonita y agradable que desfila por este modesto «taller» de investigaciones y… ¿Le importa que siga siendo muy sincero?

—¡No! Al contrario, me encanta.

—Pues bien, pequeña. Hace… bueno, ¡ni me acuerdo ya!, qué sé yo el tiempo que no ceno en compañía de una chica simpática y con unos ojos maravillosos como los tuyos.

—Esos métodos —le interrumpió ella con fina ironía— no pertenecen a la escuela de su abuelo, ¿me equivoco?

Oscar frunció el entrecejo en fingida actitud meditativa. Le dio un aire interesante y misterioso a su mirada al responder:

—Verás, Charlie… Charlie era el viejo, ¿sabes?, resultaba muy suyo para eso de las mujeres…

—Pero lo del «ligue» no se estilaba por aquel entonces, Oscar.

—Bueno, sí se estilaba, Shirley. Sólo ha cambiado la terminología, pero la esencia de los varones subsiste. La especie humana exterioriza el progreso más con la expresividad que con los sistemas. El renovarse o morir no va más allá que la necesidad de sentirse diferente en cuanto a la forma de manifestarse. El progreso y la libertad, los derechos humanos, las emancipaciones y todo eso, está en función del ansia de sentirse diferente y aportar novedades. Pero en el fondo, todo sigue igual.

—Estoy convencida de que lo tuyo es la filosofía, pero me sigues interesando —ella prosiguió el tuteo por él iniciado y continuó también con la sonrisa a flor de sus deliciosos labios. Añadiendo—: Así que quieres que cenemos juntos y te cuente entonces el porqué necesito a un buen detective privado… con escuela propia.

—¡Eres un ángel y además inteligente! Sí, eso quiero.

—¿Dónde y a qué hora, pesquisa?

Oscar la miró ahora con intencionalidad. Pero en aquella intención no existía nada turbio, sino todo lo contrario. Estaba latente la satisfacción de poder compartir unas horas con aquella dulce y agradable beldad de fácil sonrisa y cautivadores encantos.

Dijo:

—Conozco…

—Conoces un lugar precioso donde sirven unos platos deliciosos, un lugar muy romántico…

—Estás de vuelta, ¿eh?

Movió su cabecita negativamente.

—No. Pero me resultas bastante tradicional.

—Conozco el «MOCASIN CLUB». Está en plena jungla… bueno, me refiero a *Patapsco's Hallow*[4]. ¿Te parece buena hora las once?

—Me parece una hora excelente. ¡Ah!, pero he poner una condición.

—Escuchémosla.

—Invito yo.

Volvió a mostrar la palma de su diestra.

—Discrepo. Y lo hago porque los principios fundamentales de *mi* escuela, los dogmas por los que ella se rige, se cimentan en la quintaesencia de las más inmaculadas y antiguas usanzas. O sea, en aquellos lejanos tiempos en que siempre invitaba el hombre y siempre pagaba. No puedo ser traidor a mis propias convicciones.

Shirley aplaudió enfervorizadamente:

—¡Ha estado «usted» sensacional, señor Evans! Debieran proponerle para la cátedra de filosofía. No obstante —volvió a sonreír amplia y tentadoramente—, como necesito contratar un detective privado… descuénteme la cena cuando me presente su minuta. ¿O.K.?

Tuvo que rendirse a la maravillosa sencillez y el cautivador aplomo de aquella preciosidad sensacional.

—O.K.

—Pues a las once en el «MOCASIN CLUB».

La acompañó a la puerta de lo que eufemísticamente podía denominarse como oficina. Tentado estuvo de ceñirla por la cintura, estrecharla contra su tórax vigoroso y buscar apasionado aquellos

labios rojos y tiernos como sangrantes cerezas.

Shirley lo intuyó y no hizo ensayo de evitar los intentos que parecían estar muy claros en el pensamiento del detective. Pero éste supo contenerse. Y ella, picara y provocadora, murmuró:

—¿Para después de la cena?

—Eres única, Shirley. Sí… para entonces. Será un momento mucho más apropiado.

Capítulo II

EL castillo que desde más de tres siglos venia perteneciendo a la «noble» dinastía de los Warden —decíase que uno de los antepasados del actual propietario, Percival Warden, también de nombre Percival y uno de los promotores de la aventura de la *Mayflower*, se había traído de la vieja y pérfida Albión unas piedras sobre las que edificaría su nueva hogar en la «tierra prometida», piedras obtenidas de aquellos parajes en que el legendario Robin Hood había combatido contra el malvado príncipe Juan y su sicario Sir Guy de Guisbourne, hasta conseguir que Ricardo Corazón de León recuperase el trono usurpado por su hermano y los anglosajones (podía creerse o no, desde luego)— era una vetusta y añeja construcción, sólida y monumental, que conservaba fielmente los vestigios arquitectónicos de la Europa medieval, alzándose en el centro de una vasta extensión compuesta por la frondosidad de los arbustos que erguíanse en aquella zona de las afueras de Baltimore —dos millas y media aproximadamente—, Sombría y silenciosa, como nacida en medio de un mágico y sobrecogedor entorno en el seno estremecedor y maligno de un inhóspito y alucinante paraje.

Era algo así como un mundo aparte convenientemente distanciado del mundanal ruido, cuya externa apariencia conservaba incólumes todos los valores artísticos y tradicionales de una época tan ignota y lejana como perdida en el baúl polvoriento de los más arcaicos capítulos de la historia.

Un retazo siniestro del pasado, una evocación oscura y fúnebre en la que resonaba el eco lúgubre de los quejumbrosos lamentos de una generación que había vivido sobre las estructuras de la opresión y el pánico, del terror y la humillación que imponían los jerarcas oligárquicos del feudalismo más radical.

Sí porque la nota más destacada de aquel enorme recinto, su evidente *sui géneris*, latía precisamente en la densa atmósfera de tinieblas en la que se alzaban las notas agudas y discordantes de una siniestra partitura de terror, de una melodía maquiavélica cuyos primeros compases parecían nacer en el interior de las almenas y torreones, surgir de ellos y esparcirse por todo el ámbito y prolongándose lo mismo que una lona tétrica cubriendo el sendero tortuoso y áspero, que aportaba la inquieta sensación de haber sido

trazado por una mano diabólica y que, desde la parte posterior del castillo, desde una de las portezuelas a las que desembocaba uno de los muchos pasadizos secretos interiores, se perdía por las negruras de la noche recorriendo tres millas de acongojante oscuridad hasta alcanzar la verja herrumbrosa y chirriante del cementerio particular de la dinastía, del lugar silencioso y sepulcral donde los Warden yacían, polvorientos la mayoría y rígidos los más recientes, sumidos en el interminable sueño de la muerte.

Aquella necrópolis de proporciones considerables se encontraba lo mismo que los muertos a quienes acogía y daba estremecedor cobijo en su forzoso descanso, en medio del mayor olvido, en lo más álgido de un clímax de agudas y horrísonas vibraciones ahogadas en el propio abandono de su negligente soledad, pese a que en teoría, el viejo matrimonio Gensac —treinta y tantos años al servicio de los Warden— tenía que cuidar de que el cementerio, la capilla y las criptas ofreciesen un aspecto menos desolador, menos rígido, menos tenso, menos espectral y siniestro del que mostraba, sobre todo bajo los rayos tímidos y escalofriantes al mismo tiempo de una luna encogida, cobardona, que parecía atemorizarse ella misma de enviar sobre el recinto de los muertos las pusilánimes esquirlas de una claridad que difícilmente convertía en penumbra las tupidas tinieblas que ponían sobrecogedora moldura al habitáculo de los silenciosos difuntos.

Por eso Percival Warden, estremecido por la densidad funesta del asfixiante ambiente, no se atrevía ni a entreabrir los labios tan siquiera para respirar y notaba que sus pulmones se dilataban por la falta de aire y el corazón amenazaba con estallar en mil pedazos a causa de la asfixia.

Consiguió, al fin, articular:

—*Mademoiselle*… ¿por qué… por qué se ha empeñado en que viniésemos aquí, a estas horas, en plena noche?

—Porque era necesario, Percival —respondió, segura de sí misma y dominadora de la situación, la sensual, hermosa y deseable hembra, con acento tan maquiavélico como sus crueles instintos y pensamientos. Matizando—: Necesario… *si queremos aseguramos de que ella no saldrá de ese recinto una vez haya recibido sepultura.*

Warden, ridículo como siempre pero aterrorizado como nunca, pegó un brinco. Sólo la desbordante pasión, la ardiente lujuria que en él despertaban los promiscuos encantos de la mujer, evidenciados ahora por aquellos pechos desbordantes que amenazaban con destrozar el menudo sujetador y estallar por encima del escandaloso escote, eran capaces de mantener sus pies atenazados contra la tierra evitando que escapase de allí a toda velocidad.

—¡Dios santo! —exclamó—, ¿Salir… salir de la tumba, dice?

—Sí. Porque desde los vastos espacios de la muerte, desde las llanuras hostiles de la oscuridad donde vagan las almas torturadas que se ven arrojadas violentamente de la tierra… *ella hará lo imposible por impedir y obstaculizar nuestra felicidad*. Tratará denodadamente de interponerse entre ust… tú y yo, de impedir que nuestra pasión cristalice en el momento que tu cuerpo y el mío se acerquen para plasmarla en el delicioso éxtasis del placer. Eso es lo que quiero evitar. Percival. Que destruya desde allí nuestra hoguera de amor y deseo. ¿Cuál será su sepultura? Llévame allí…

Warden tenía en la garganta, además de una enorme bola de saliva apelotonada, una incómoda corbata y no de seda ni tergal precisamente.

—¿De verdad que… que es…? ¿Hace falta que…?

—¿No me amas y deseas, Percival?

—¡Sí!

—Entonces, ¡lucha por nuestro amor! ¡Defiende la pasión que mutuamente nos profesamos y guíame hasta el rectángulo postrero donde ya… *mañana, Margaret dormirá eternamente*!

—¡Sí… sí…! ¿Has dicho mañana? ¿Significa que esta noche…?

—Sí, eso significa. Traigo un sobrecito con la dosis definitiva… *que le administrarás esta noche*. Por eso es necesario, te lo repito, que yo realice unos *actos* frente a su sepultura.

—Claro, sí. Tú sabes de esas… Bueno, vamos. Pero… —no ligaba tan siquiera dos palabras coherentemente porque pese a lo que Monique representaba para él, también el intenso pánico que azotaba su raquítica naturaleza representaba en algunos instantes el rechazo y la negación a los proyectos infames que por malsano amor hacia ella estaba secundado—, Temo que los Gensac puedan apercibirse…

—El pabellón donde viven queda alejado. Además, ¿cómo van a suponer que alguien anda por aquí a estas horas?

—Sí, desde luego. Tienes… razón. Esto… sígueme.

Avanzó unos pasos y se detuvo en seco, haciendo que Monique tropezase contra él, al quedar clavado como si alguien que acabase de surgir entre las espesas negruras de la noche le impidiera seguir el avance hacia la que en breve sería sepultura de su esposa. Y a su espanto contribuyó, de súbito, el ulular del viento entre las popas agudas de los estirados y estáticos cipreses lanzando un silbido macabro y prolongado.

—¡Muévete, maldita sea! —exclamó Monique autoritaria—. ¿Qué demonios te ocurre ahora?

—Tengo… ¡Tengo miedo, Monique! —había sido tan vehemente su explosión, revelando la sinceridad de sus sentimientos, que por vez primera suprimió el reverente tratamiento de *mademoiselle*. Y se

atrevió incluso a agregar—: ¡Soy humano!

—¿Acaso yo soy de piedra, Percival? ¿No has mirado bien... mi cuerpo? Cuando las circunstancias lo exigen hay que dominar el miedo. Además, puedo demostrarte que el miedo no existe. Se trata sólo de una especie de espasmo mental causado por nuestra propia sugestión. ¡Anda, camina!

El viento seguía enviando sobre el ámbito su estremecedor ulular, y ello se le antojó a Percival como el preludio mortal de una funesta rapsodia.

Muy despacio comenzó de nuevo a arrastrar los pies por encima de la crujiente gravilla que poblaba los estrechos senderos que bordeaban las tumbas y sepulcros.

Y entonces la luna, abandonando su inicial timidez y como si obedeciera a la misteriosa llamada de unas voces de ultratumba, apareció en el centro de un firmamento moteado por frágiles y oscilantes puntitos luminosos, y sólo por un instante pareció detenerse sobre la Ciudad de los Muertos.

Bajo la hiriente luz de sus destellos, el panorama que ofrecía el camposanto era espectral.

Percival proseguía su torpe avance, corroído por el pánico y zarandeado por el terror, con una lentitud exasperante que consiguió al fin contagiar su propio nerviosismo a la mujer que caminaba tras él. Pero Monique no sentía temor alguno. Su inquietud se cifraba en el hecho de que las agujas del reloj no perdonaban y era preciso que Percival estuviera de regreso junto a su mujer a la hora prevista.

La luna, que parecía complacerse en sus maquiavélicas idas y venidas, emprendió el avance definitivo sumiendo el mortuorio recinto en las más completas tinieblas.

Percival Warden, con extraordinaria cautela y el miedo a flor de piel, torció por uno de los caminitos estrechos que a su izquierda iban separando sepulturas.

Hasta que se detuvo frente a una de ellas.

Extendió el índice sobre la lápida vertical que surgía desde la tierra hacia arriba y fue a decir algo pero se quedó con la boca abierta y una expresión de horror pintada en sus estúpidas facciones.

En la piedra, podía leerse:

Requiescat in Pace
MARGARET DOUGLAS de WARDEN
1927-1980
Dios te acoja en su seno
Te dé el descanso eterno
Y la dicha de contemplar su Faz

Cuando logró escapar al sofocante terror que le mantenía paralizado y deshacerse de la garra horrísona que oprimía su garganta, estalló:

—¡NOOOO! ¡NO PUEDE SER!

—¿El qué, Percival? —inquirió junto a él, con voz de sádica inflexión la maquiavélica Monique—. ¿Qué es lo que no puede ser?

—La… lo de la fecha… —tartajeó, tembloroso, crispado al mismo tiempo, al borde del paroxismo—. ¡Es imposible! A todos los Warden… bueno, a los que somos…

—¿Quieres tranquilizarte de una vez y explicarte de forma conexa? —ella le acarició suavemente y acabó rozando con los suyos, frutales y húmedos, los finos y cadavéricos labios del hombre.

—Bueno… Quienes llevamos el apellido por herencia directa — pareció que al fin conseguía dominar su zozobrante angustia—, somos inhumados en la cripta[5]. Los Warden que toman el nombre por parentesco político, son enterrados en las… sepulturas[6] corriente, como… ésta. Es antigua costumbre, extraña tradición que data de no sé cuándo, el encargar las lápidas prácticamente desde que se nace si se es Warden legítimo y cuando se incorpora un miembro a la familia por condición política… se graba el nombre, la fecha de nacimiento, el epitafio… *¡pero lógicamente se deja en blanco la data del deceso! ¡Margaret tiene los datos completos!*

—*Voluntad del más allá, Percival. Ellos…* saben que Margaret está pronta a integrarse en la legión inmensa y sombría de los espacios de la muerte. Le han hecho ya un sitio y han preparado al mismo tiempo su despedida terrena, completando los signos en este último recinto donde recibirá albergue su cuerpo corrupto.

—¡No puedo entenderlo! Es… ¡es de locura! ¡Es horrible!

Volvió a acariciarlo.

—Sé que no puedes entenderlo, Percival. Pero no te esfuerces ni te tortures. Confía en mí. Tú sabes de mis poderes, te he demostrado que estoy en permanente contacto con los avanzados del Universo. Serénate y deja que yo…

—¡Si, sí, Monique! Haz lo que sea… ¡pero hazlo pronto! —su nerviosismo y su pánico volvían a estar patentes.

—Ponte a mi izquierda y unos pasos por detrás de mí, Percival.

—Sí…

Y vio como *mademoiselle* Monique alzaba la cabeza hacia el infinito y murmuraba unas frases ininteligibles al tiempo que extendía ambas manos, con las palmas abiertas y boca abajo, sobre aquella sepultura en la que, sorpresiva y desconcertadamente, todos los datos estaban completos.

Luego, al cabo de unos segundos, las palabras de la maquiavélica hembra se hicieron audibles a los oídos de Percival quien, al recibirlas, se estremeció, azotado violentamente por un terror espasmódico y convulsivo de superior intensidad a la que había experimentado desde que aquella noche pisara el camposanto.

Decía:

—Mi voluntad te ha traído aquí, Margaret Douglas, y sé que ya estás dentro porque aunque hayas tratado de revelarte mi poder ha deshecho tus intentos. Sí, sé… *que ya estás ahí*. Sé… *que ya estás muerta*. ¿Lo estás, verdad? ¡RESPONDEME!

Lo que sucedió a continuación fue algo superior a lo humano, infinitamente por encima del raciocinio, lejos de la cordura y muy cerca de la alienación de los sentidos… fue sencillamente espectral, diabólico, algo así como la máxima exaltación del maquiavelismo, de la más satánica de las locuras.

Porque ante los ojos encogidos y aterrados de Percival Warden, frente a sus pupilas que desbordando las órbitas y gritando el pánico ancestral que las hacía girar como alucinantes y diminutas norias enfebrecidas, se esforzaban desesperadamente por no caer y perderse en las tinieblas de la necrópolis… *la tierra de la sepultura empezó a removerse con lentitud, en una especie de monstruoso delirio, y por entre ella comenzaron a asomar unos dedos cuya piel se teñía del color marronáceo entre el que pugnaban por asomar, al tiempo que una voz gutural, cavernosa, contestaba*:

—Sí… ¡ESTOY AQUI!

Percival Warden se aferró al trono del vecino ciprés. Lívido. Aterrado. Deseando correr, volar, ¡desaparecer de allí! Pero le resultaba materialmente imposible porque un extraño inflijo, un poder maligno, un efluvio hipnótico de ultratumba, le mantenía inmovilizado. Era igual que si bajo las plantas de sus pies hubieran crecido unas profundas raíces, que le aferraban a la grava del sendero y al círculo de tierra donde se erguía el sombrío y silencioso ciprés.

Mientras las manos… seguían apartando los residuos marronáceos que dificultaban su salida para izarse lentamente, a pulso, comenzando a emerger de la sepultura…

—Sal, asómate de una vez —decía la malvada Monique con acento estremecedor—, ven a mí para que te devuelva de una vez a los profundos abismos de la muerte de donde no deberás salir jamás… ¡JAMAS!

Y… ¡Y salió!

¡Margaret Douglas… acababa de salir de una tumba en la que todavía no había sido sepultada!

Envuelta en un blanco camisón de seda y encajes.

—¡¡¡NOOOOOO!!! —se desesperó Percival Warden, enloquecido, escapando finalmente a su inmóvil estupefacción— ¡¡¡ES IMPOSIBLE!!! ¡¡¡NOOOOO… MIL VECES NO!!! ¡¡¡ELLA NO ESTA… TODAVIA NO ESTA MUERTA!!!

—Sí lo está, Percival. Su espíritu está muerto… *por eso ha venido a refugiarse en el sepulcro que le aguardaba*. Su apariencia aún es humana… *pero yo ahora voy a darle la que le corresponde* —y tras las palabras que ladeando la cabeza había dirigido al aterrado Warden, la maquiavélica Monique se encaró con la inmóvil y rígida aparición procedente del interior de la sepultura en diabólico escorzo, tensos los músculos y evidenciados los nervios bajo la piel, al tiempo que desgranaba—: La muerte que está en tu espíritu quiero que se contagie a tu carne… quiero que esa carne se diluya, se volatice, y deje sólo en la tierra los huesos descarnados que un día se convertirán en polvo… ¡QUIERO QUE ESO SUCEDA! ¡YO, MONIQUE, LO ORDENO!

Y… ¡se inició la satánica metamorfosis! La carne fue desapareciendo lentamente como devorada por millones de invisibles gusanos que flotasen en el siniestro y oscuro ámbito… dejando a la vista una figura huesosa, descamada, espectral, a la que se añadía, como caída del infierno y fuertemente apretada entre los dedos de su diestra, la sempiterna guadaña que barría de la tierra los vestigios de la vida.

Percival Warden se llevó ambas manos a la garganta como si tratase de estrangularse. Ya no le quedaba en los pulmones ni un hálito de aire para exteriorizar la más queda exclamación de pánico… del tremendo pánico que le invadía.

—Ya eres muerte, Margaret Douglas —pronunciaba en aquel instante con inflexión vibrante y letal la pérfida Monique—, sólo muerte… y la muerte te obliga a regresar definitivamente para no salir jamás de las tinieblas del averno. Vuelve ya… *¡vuelve a tu sepultura! ¡Vuelve y no descanses, vete en pos de la tortura y consúmete por toda la eternidad! ¡TE ORDENO QUE VUELVAS A LA TUMBA!*

Y volvió, sí.

Sus pies se fueron hundiendo lenta, metódica, parsimoniosamente, hacia el fondo de la tumba, apartando la tierra, al tiempo que alzaba las manos, crispadas como las de Monique, con un amago de patética resistencia, dejando rodar la guadaña que, como por diabólico influjo, fue a estrellarse contra los zapatos de Percival.

—ni SOCORROOOOOO!!! ¡¡¡BASTAAAAA!!!

Y cayó redondo en tierra.

Una figura, entonces, surgió de entre las cruces, lápidas y tumbas, acercándose con sigilo y rapidez hacia *mademoiselle* Monique. Y otra, más lejana, alzó la cabeza por encima de uno de los sepulcros, para

captar en toda su maquiavélica intensidad el corolario de aquel acto demoníaco, de aquella escenificación satánica que estaba teniendo por marco las tinieblas sofocantes y estremecedoras, densas y casi impenetrables, del cementerio privado de la dinastía Warden.

Capítulo III

¡PARECÍA imposible!

Sí, imposible.

Que después de lo que acababa de presenciar en el cementerio, Margaret estuviese allí, *viva*, tranquila, ausente y enfrascada en la correspondencia a la que daba contestación de su puño y letra.

¡Imposible!

Se restregó los ojos instintivamente.

Porque Percival Warden estaba tan desconcertado como aterrorizado… tan confuso como nervioso, tan incapaz de razonar, que no podía saber si era cierto, si nada lo era, si lo del cementerio era una diabólica realidad o lo de ahora una lógica fantasía.

O… ¿al revés?

Siguió friccionándose los párpados cual si tratase de desterrar lo falso que existía en el interior de ellos para encontrarse con la definitiva verdad.

No lo consiguió.

Con voz temblorosa en la que vibraban mil estremecidos sentimientos y por encima de todos ellos el pánico más genuino, inquirió dificultosamente:

—¿Todavía no te acuestas, Margaret?

Ella, alzando la testa del montón de cartas que leía y daba escrita respuesta, pareció sorprenderse. Inquirió a su vez:

—¿Qué dices…? ¡Eh, Percival! ¿Dónde te habías metido?

Estuvo a punto de desmoronarse. Difícil esfuerzo el suyo para exteriorizar un aplomo que estaba muy distante de sentir, y:

—Pues… ¡dando un paseo por el jardín! Me apetecía tomar un poco de aire fresco. A veces, el ambiente de este lugar… me constriñe. Esto… ¿no vienes a la cama, Margaret? —Tengo muchas cartas que contestar. Acuéstate tú si quieres.

—Bien…

Cuando Percival empezó a caminar rumbo a la escalinata que desde el regio y señorial comedor conducía a las habitaciones superiores, puede decirse con toda exactitud que iba con los ojos completamente cerrados.

Sin embargo… ¡vio con toda claridad el vaso de leche situado a la

derecha de su esposa, dos yardas más allá del codo, encima de la mesa!

Y escuchó una voz de eco diabólico que se estrellaba contra todos y cada uno de los rincones de su cerebro, repitiendo machacona, obsesiva y maquiavélicamente:

—«Esta es la noche definitiva, Percival… ¡AHORA!»

Y volvió sobre sus pasos para darle a Margaret, en la frente, el beso de las «buenas noches»… dejando caer, con hábil disimulo, en el interior del vaso, el contenido del papelito que pocos minutos antes recibiera de manos de Monique en el cementerio. —Buenas noches, querida.

—Que descanses, Percival.

Empezó a notarlo en el temblor del pulso que sostenía la pluma con que iba garabateando cuartilla tras cuartilla.

Luego, de súbito, sintió que dentro del pecho su corazón iniciaba una cabalgada frenética, loca, alucinante.

Se puso en pie con dificultad y… entonces se percató de que se ahogaba, de que el aire llegaba a sus pulmones insuficientemente para mantener una respiración normal *¡Se estaba asfixiando!*

¡Y el corazón golpeaba violento y brutal… golpeaba con fuerza monstruoso como si tratara de reventar el tórax o de salirse por la boca!

Margaret Warden trató desesperadamente de llegar hasta el primer peldaño de la escalinata.

Pero enredándose con sus propios pies, trompicó, precipitándose de bruces contra la tupida alfombra.

—¡Aaaaaag! ¡Me… mue… r… o!

Todavía, haciendo un sobrehumano acopio de las fuerzas que ya la abandonaban y del aliento que apenas cristalizaba el resuello, se esforzó en seguir arrastrándose hacia la escalera.

Jadeando.

Con la lengua asomando por entre los resecos labios, gorgoteando medias palabras, intentando completar incoherencias.

Estiró su mano derecha distendiendo sus bien manicuradas uñas lo mismo que un felino desesperado debatiéndose por conservar su vida.

Gorgoteó algo.

No se entendió el qué.

Y en un último y postrer esfuerzo, logró articular:

—Me… mue… r…r… o…

Sí, se moría.

Ya estaba muerta.

Tendida sobre la alfombra persa, con las manos engarfiadas, la

lengua fuera del paladar, los ojos abiertos como dos pedazos de cristal.

Muy muerta… SI.

* * *

Sonia, recostada contra el grueso tronco del arbusto, escondida entre la frondosa vegetación del espeso jardín que les prestaba su complicidad y les hacía perderse en el anonimato, dejó que Gene Holden la besara apasionadamente, sorbiendo el zumo de sus labios tiernos y jugosos, permitiendo también que succionase su tibio aliento en la cima del más erótico frenesí.

—Te deseo, muñeca —jadeó, al tiempo que sus manos, nerviosas, trataban de acariciar los puntos claves y patentes de la deliciosa geometría femenina.

Se estremeció la muchacha al notar el contacto cálido de la yema de los masculinos dedos, recorriendo los pétalos abiertos y rígidos que se proyectaban debajo de su garganta como toda una exaltación provocativa de la sensualidad.

—Gene… ¡Oh, Gene, te lo suplico! ¡No más…! ¡Estás consiguiendo que…!

—¿Qué estoy consiguiendo, mi vida? —inquirió él, ávido y afanoso.

—Lo que no debes conseguir hasta que nos casemos —repuso ella, haciendo un difícil escorzo mental para zafarse al deseo que enturbiaba ya sus sentidos. Y agregó, intentando mantener las distancias definitivamente—: Esta noche nos hemos pasado, Gene —le dio un vistazo a su reloj de pulsera—. Son más de las doce,..

—Estamos a menos de un mes de muestra boda, Sonia. ¿Vas a salirme ahora con absurdas mojigaterías?

—Teniente Holden, es usted un policía muy… impulsivo —Sonia sonrió y en las tinieblas de la noche brilló con luz propia la doble hilera de sus menudos y nacarinos dientes—. ¿Olvidas que ahí adentro hay dos personas que merecen un respeto? Son mis padres, son alguien… ¿no te parece?

Hizo un gesto harto elocuente y expresivo.

—¡Vaya! Sobre todo tu padre. El más indicado para escandalizarse dados sus rectos principios morales, su fidelidad como esposo y lo casto de su proceder en…

—¡Por favor, Gene! No somos quienes para juzgarlo. En más de una ocasión te he dicho que no me gusta tocar ese tema.

Se encogió de hombros el teniente de la *Metropolitan Pólice.*

—Como quieras, muñeca. Tú… siempre ganas.

—Privilegio de mujer —volvió a sonreírle ella—. ¿Me acompañas

al interior?

—¿No pensarás que voy a dejarte cruzar sola este tenebroso jardín con que tus antepasados decidieron rodear ese espectro medieval que tenéis por residencia?

—Pues vale una fortuna, Gene.

—No sería yo quien pagase ni un centavo por todo esto.

Ya habían llegado a la puerta central. Sonia introdujo las dos llaves —se trataba de una cerradura doble que debía accionarse a un tiempo para que la puerta se abriese — haciéndolas girar con habilidad y rapidez.

Entraron

Al percatarse de la claridad que llegaba hasta el vestíbulo procedente del comedor, la muchacha comentó:

—Mamá es infatigable. Todavía debe estar liada con la correspondencia de la Obra de la Visitación.

—Entre un *hobby* y otro, quieras que no, me quedo con el de tu padre —repuso Gene Holden con marcada intención.

—¿Volvemos a las andadas? —se quejó ella, envolviéndole en una mirada de reproche, mientras seguía caminando hacia el señorial y hasta cierto punto muy arcaico comedor.

Y cuando sus ojos desorbitadlos, sorprendidos y estupefactos, fueron de la figura que estaba tendida en tierra de nuevo hacia Gene, gritó—: ¡Santo cielo! ¡Mamá! ¡¡MAMA!! ¿Qué te sucede? ¡¡¡MAMAAAAA!!!

Salió disparada hacia el lugar donde yacía, trágicamente inmóvil, Margaret Warden.

Gene fue más rápido y llegó ames que Sonia a inclinarse sobre la mujer.

Le tomó primero el pulso y después llevó su diestra a la zona de la garganta donde podían advertirse los latidos de la aorta.

Alzóse justo a tiempo de evitar que Sonia se precipitara encima de su madre, estrechándola contra el tórax.

—¡Déjame… déjame! ¡Te digo que roe sueltes! —clamó, histérica, estrellando sus débiles puños contra el pecho del policía.

—¡Sonia, por Dios, cálmate! ¡Sonia!

—¡Es mi madre…! ¿No lo comprendes?

—Sí… —tragó saliva—, *pero está muerta.*

—¡¡¡MAMAAAAAA!!!

Y estalló en un llanto convulsivo, aferrándose entre paroxísticas convulsiones al cuerpo del policía.

Pronto se encendieron luces en el piso superior y comenzaron a aparecer algunos miembros de la servidumbre, tras los cuales, como

un cadáver flotante, deambulando por encima de las baldosas más que andando, surgió lo mismo que un espectro asustado del propio miedo que podía producir a los demás, Percival Warden.

Sonia alzó la cabeza y sus pupilas estrábicas se tropezaron con la insegura y oscilante figura de su padre.

Gritó, arañando ahora el cuello de Gene que la seguía manteniendo fuertemente apretada:

—¡Está muerta…! ¡PAPA… MAMA, ESTA MUERTA! ¡¡MUERTAAAA!!

Uno de los fámulos llegó justo a tiempo de recoger la esmirriada naturaleza del señor de la casa antes de que se viniese al suelo víctima, más por el pánico que por la impresión naturalmente, de un desmayo.

También Sonia se desmoronó entre los brazos del teniente Holden. Este, tras depositarla encima del sofá que cerca de la chimenea del hogar hacía juego con cuatro mullidos butacones, se encaró con Friedman, el mayordomo preguntándole:

—¿Quién es el médico de cabecera de la familia?

—El doctor Fenech… Jerome Fenech.

—¿Quiere avisarlo inmediatamente, Friedman?

—¡Al instante, señor! ¡Qué tragedia, madre mía, qué espantosa tragedia!

Y fue veloz hacia el teléfono.

Capítulo IV

—¿PUEDO explicártelo ahora, Oscar?

Estaba contemplando los preciosos ojazos color avellana de aquella criatura preciosa y singularísima.

—¿Eh…? ¡Ah, sí, desde luego! Acabas de arrancarme de la página más sensual de «Las mil y una noches».

—¿Era tan erótico… no sé si en aquella época empleaba este vocablo tu abuelo?

Evans sonrió picaresco

—Castigador, Charlie era castigador —repuso—. Las hacía sufrir mucho antes de entregarse a ellas.

—¡Bobo! Eres la «pera»… pero a través de ti imagino que Charlie era todo un tipo simpático.

—Gracias, por la parte que me corresponde en el halago.

Les interrumpió el *maître*, inquiriendo:

—¿Algún licor especial para acompañar los postres, señores?

Oscar interrogó a Shirley con la mirada.

—«Marie Brizard» —dijo ella.

—Un ponche para mí —pidió el detective.

—En seguida ordeno que se lo sirvan, señores —dijo, con exquisita inclinación, alejándose presuroso.

—¿Para qué necesitas un detective, Shirley?

—Para encontrar a mi tía Laura.

—Se habrá fugado con un buen mozo.

—¡Déjate de ironías, Oscar! Lo que ha sucedido es muy extraño. Yo regresé hace quince días de Europa, de Londres concretamente, donde he pasado varios años estudiando. Tía Laura, hermana de mi padre y la única familia que me resta en este mundo, financió mis estudios desde el fallecimiento de mis padres en un trágico accidente de carretera. Fue voluntad de ella que obtuviese una plaza en Oxford…

—¿Cómo sabes que ha desaparecido?

—Muy sencillo: Porque no está. Me extrañó que no fuera a recibirme al aeropuerto pero no di mayor importancia. No encontrarla en casa ya fue distinto. Los vecinos me confirmaron que llevaban varios días sin verla y ello les había producido extrañeza.

—¿Vive sola?

—Sí. Laura er… ¡Oh, Dios mío, iba a decir *era*! Es vocacionalmente soltera —se quebró un tanto la cantarina voz de Shirley. Dijo después —: La estupenda posición social en que la dejó mi abuelo…

—¿Con o sin escuela? —ironizó el muchacho, apartando aquellos rizos rebeldes que se empeñaban en adornar su frente.

—No es momento para bromear, Oscar.

Juntó ambas manos como si rezara una plegaria.

—Perdón. Sigue.

—Le ha permitido vivir sin estrecheces, más bien al contrario. Siempre se ha dedicado a la caridad. Pertenece a una hermandad de la parroquia… —se mordió, meditativa, su jugoso labio inferior—, ¡vaya, no recuerdo el nombre! A ver, se llama, se llama… ¡ah, sí, ya! Parroquia de San Jacobi Apóstol. Es una católica radical y se ha dedicado en cuerpo y alma…

—¿Por qué financia tus estudios? ¿Acaso tu padre no participó de la generosidad del abuelo?

—Si —cabeceó la hermosa Shirley. Aclarando—: Pero tía Laura no ha querido que yo gastase un solo céntimo de mi herencia. Me decía siempre y lo repetía en sus cartas, que yo no iba a seguir su vocación de soltería y cuando me llegase el momento de contraer… ¡Dios mío! —exclamó afectada—, ¿Dónde puede estar? ¿Qué habrá sido de ella?
—Tranquilízate, nena. ¿Por qué no me hablas de sus amistades?

Llegó el camarero con los licores.

Y al retirarse, repuso Shirley:

—Nada. Sólo la he oído hablar de una tal Margaret, que creo es la directora o presidenta de esa asociación de caridad. No hay más.

—Difícil me lo pones, pero lo intentaré.

—Hemos de hablar de tus honorarios.

—Otro día, ¿te parece?

Se encogió de hombros. Pero matizó:

—Esos puntos siempre me han gustado aclararlos por anticipado.

—Somos algo más que detective y cliente, ¿no?

—Eres menos castigador que Charlie… al menos, quieres hacerme sufrir poco, ¿verdad? ¿Cuándo vas a proponérmelo?

Se hizo el «sueco».

—¿El *qué*?

—¿Sabes que vivimos en 1980?

—Hace días que no miro el calendario pero me temo que tienes razón. Y… ¿qué es lo que un detective debe proponerle a su cliente en 1980?

—Si son más que *eso*, que detective y cliente…

Sorbió el ponche con lentitud y delectación.

—Me da la sensación de que la escuela de tu abuelo era de teorías más avanzadas que las de Charlie.

—Puede… —musitó ella, insinuante, iniciando también el paladeo de su copa.

La orquesta situada al fondo, a la izquierda del círculo a cuyo alrededor y dejándolo a manera de pista de baile, se distribuían las mesas y veladores, atacó en aquel preciso instante los primeros compases de un popular y cadencioso ritmo sudamericano: «La flor de la canela».

Oscar dejó el cristalino recipiente sobre la mesa.

—¿Bailamos?

—¿Con qué escuela?

—¿Qué te parece si utilizásemos la nuestra propia, muñeca?

—Sea.

Y se levantó de la mesa.

Causando impacto general y atrayendo sobre su magnífica silueta la totalidad de las miradas masculinas, estuviesen o no acompañados los propietarios de las mismas.

Y es que Shirley Donovan causaba sensación.

Porque si espléndido y sexual era su cuerpo juvenil y, ardiente, no menos sugestiva su indumentaria: Chaquetilla tejana sin mangas, con dos únicos botones, que ponía de manifiesto la curva voluptuosa de sus senos vibrátiles y firmes, huérfanos de sujetador, dejando al descubierto una franja de su bronceada piel hasta más abajo de la cintura, alrededor de la cual se ceñían los vaqueros recortando obsesivamente la línea rotunda de sus glúteos que ella hacía oscilar con chispazos sensuales al compás de sus largas y ágiles piernas, escultóricas, que caminaban con medidos y suaves movimientos.

Oscar le salió al encuentro tomándola del talle camino de la pista.

Ya en el centro de aquélla, Shirley se colgó con ambos brazos del cuello del muchacho pasando sus manos de largos y suaves dedos alrededor de la nuca y aplastando tenuemente sus pechos palpitantes, levemente desbocados, contra el tórax del detective quien, al tibio y dulce contacto de aquellos volcanes no pudo evitar un estremecimiento de inquietud y satisfacción al unísono.

—Si investigas tan bien como bailas… —susurró Shirley, mimosa, mientras comenzaban a girar con lentitud al compás del melodioso arrullo de la música subtropical.

—Tu tía seguirá estando muy lejos de ti.

—¡Oscar! Estoy tratando de olvidar y…

—La encontraré, te lo prometo.

—Gracias.

El inclinó la cabeza para besar la tersa y cobriza garganta de Shirley. Aceptó la caricia complacida en medio de una tenue convulsión que azotó con suavidad su sensacional naturaleza.

Siguieron girando muy despacio, convertidos en el blanco de la atracción y atención de los asistentes. Solos en la pista, disfrutando de la danza y del mutuo calor que paulatinamente sus cuerpos se iban contagiando.

—Tenías razón, Shirley —musitó él.

—¿Sobre…?

—Sobre que tendré que proponértelo.

—¿Y si no acepto? —los labios de la muchacha estaban casi rozando los de Oscar porque había alzado su cobriza testa para pronunciar el interrogante.

—¿Serías capaz?

Y como en un susurro la voz de Shirley se filtró hasta los lugares más íntimos y recónditos del cerebro masculino:

—No… Y tú lo sabes.

—Eres deliciosa, Shirley.

—Me gustas, Oscar. Jamás he aceptado una proposición de alguien que no me agradase. Seguían girando cada vez más juntos, cada vez más fundidas sus naturalezas, más evidente el roce de sus cuerpos como si desearan fundirse el uno dentro- del otro. Oscar sentía arder su piel, Shirley se estremecía con mayor intensidad a cada instante que transcurría.

—¿Tienes experiencia por lo que veo, no?

Negó, oteando su sedosa y cobriza cabellera, algunas de cuyas hebras azotaron tibia y tentadoramente el rostro del detective.

—No en la forma que tú supones. Aunque tampoco voy a decirte que seas el primero… pero ten la certeza de que no formas parte de una extensa lista. Sólo han habido dos hombres en…

—Ningún derecho me asiste a pedirte explicaciones, Shirley.

—Pero yo quiero dártelas…

—¿Por qué no lo haces fuera de aquí?

—De acuerdo. Lo… lo estoy deseando.

Capítulo V

EL padre Johnattan Clarkson, rector-ecónomo de la parroquia de San Jacobi Apóstol, le recibió con exquisita deferencia.

Y le dijo, cuando ambos se hubieron acomodado en el despacho rectoral y después de escuchar de labios de Evans la exposición de los motivos de su presencia allí:

—A mí también me ha causado profunda extrañeza la ausencia de Laura… máxime teniendo en cuenta que no suele pasar un solo día sin que haga acto de presencia en la oficina de la Obra de la Visitación de Nuestra Señora —y amplió—: Hace un par de días lo comentaba con Margaret… ¡Infortunada Margaret! Créame que aún estoy abrumado por el impacto de la terrible noticia.

—No le comprendo, Padre. Esa tal señora Margaret, según la sobrina de Laura Donovan…

—Margaret Warden falleció ayer noche, repentinamente —anunció el sacerdote con voz frágil y emocionada—, a causa de un fallo cardíaco. ¡Irreparable pérdida para nosotros! El Señor se ha querido llevar junto a los suyos, uno de los pocos ángeles que quedaban sobre la tierra.

Oscar Evans no pudo ocultar un gesto de contrariedad. El cura y Margaret eran las dos únicas pistas, débiles de por sí, con que contaban para iniciar sus investigaciones en pos del paradero de Laura Donovan. Y ahora, ¡vaya principio!, resultaba que Margaret había fallecido la noche pasada.

Miró la menuda figura del sacerdote, su cara redonda y bondadosa, sus ojos enrojecidos por las lágrimas que seguramente había derramado y que ni los gruesos cristales de las gafas conseguían ocultar por completo, al tiempo que decía:

—Lo lamento, padre. Y no voy a ocultarle que más por egoísmo que por otra cosa, aunque le repito que lo siento, porque no teniendo el placer de conocerla sólo pensaba en la señora Warden como un punto de partida, puede que positivo, para intentar seguir la pista de la desaparecida Laura Donovan. ¿Sabe usted si aparte de Margaret, tenía alguna otra amistad?

Frunció el entrecejo con actitud meditativa.

—No —respondió al fin—. Laura y Margaret estaban

estrechamente vinculadas. Su fe, su profundo y arraigado catolicismo, sus denodados esfuerzos por practicar la caridad… eran virtudes que las hermanaban de forma ejemplar. Créame que estoy abrumado. La desaparición inexplicable de Laura y el inesperado fallecimiento de Margaret me han abatido… Lamento no poderle ser de mayor utilidad, señor Evans.

Oscar se puso en pie y al tiempo que le tendía la diestra, dijo como despedida:

—No se preocupe, padre Johnattan. Comprendo sus circunstancias y le repito que lamento la muerte de la señora Warden. Ha sido triste conocernos en estos momentos.

—Sí, lo ha sido. Dios le acompañe, hijo mío.

El detective salió con presteza del despacho rectoral.

* * *

El mayordomo, imperturbable, se reiteró en su inicial negativa.

—Comprenda —dijo—, señor Evans, que los ánimos de la familia no están para recibir a nadie. Son circunstancias cruciales y dolorosas en las que los motivos de su visita no tienen cabida. Espere a que transcurran unos días…

—Entiendo su actitud, amigo. Y no soy ajeno al trance doloroso que se vive en esta casa. Pero usted debe admitir también que soy un profesional y me debo a mi trabajo. El señor Warden debía de estar al corriente de las actividades de su esposa, de sus amigas, y puede serme de mucha utilidad. Sólo necesito unos minutos…

—Le repito que es imposible, señor.

Oscar se mordió los labios, ensayó un ademán de nerviosismo e insistió:

—Se trata también de ofrecerle mi sentido pésame…

—Vuelva entonces por la tarde que tendrá lugar el acto de sepelio en el cementerio privado de la familia. Aunque no le garantizo…

—¡El momento será menos adecuado todavía! —exclamó el detective—. ¿Es que no quiere entenderlo?

El mayordomo, impertérrito, no se apeó de su férrea tesitura.

—Es usted quien parece empeñarse en no comprender…

—¿Qué ocurre, Friedman? —inquirió una voz nueva, procedente de la garganta del personaje que saliendo de una de las puertas que asomaban al enorme y señorial vestíbulo, acababa de incorporarse a la escena. Y exclamó, al reconocer, por lo visto, a quien pugnaba por entrevistarse con el dueño de aquel añejo reductor—: ¡Vaya, mira quien está aquí! ¡Nada menos que el detective Evans! ¿Acaso eres amigo de la familia, Oscar?

El detective, evidentemente y en principio, se sorprendió. Pero recobrando de inmediato su entereza, le sonrió con ironía al que acababa de interpelarle, diciendo:

—Siempre es grato encontrarte, teniente. Eso está claro, ¿no? ¿Problemas policiales en la muerte de la señora Warden?

—No es cosa que te interese, *pesquisa* —respondió despectivo Gene Holden—, Pero como una pregunta merece una respuesta… la contestación es: NO. Te daré más explicaciones, hombre: soy el prometido de la señorita Sonia Warden…

—Siempre fiel a tus votos de pobreza, ¿eh, Gene?

—El ánimo de cuantos nos encontramos aquí no está para tus impertinentes ironías, Oscar. ¿A qué has venido?

La sonrisa correspondió al desprecio que el policía procuraba hacer patente en la inflexión de su voz. Y dijo:

—Ya sé que nunca vas a perdonarme el que te «pisara» lo del asunto Cromwell, Gene. Pero me tiene sin cuidado. El rencor es patrimonio y virtud de los débiles y fracasados…

—¡Oscar! —tralló, congestionado—. ¡Te estás buscando lo que no tienes! ¡Largo de aquí!

—¿Y quién eres tú para echarme de una casa de la que todavía no eres «accionista» oficial?

El teniente de la *Metropolitan Police*, ante el asombro del mayordomo, se fue recto al detective con maneras agresivas. Anunció Oscar, con manifiesta serenidad:

—Ni lo intentes. Gene, porque te lo voy a poner muy difícil. Abuso de autoridad… ¿recuerdas? Y posible estancia en un hospital… Tengo cinturón negro, ¿recuerdas también?

—¡Te juro por lo más…!

—¿Qué sucede, Gene? —inquirió ahora una voz femenina.

—¿Usted debe ser Sonia Warden, cierto, señorita? —preguntó el detective, mirando con aprobadora admiración la enlutada (que no por ello ocultaba sus pródigos encantos) silueta de la recién llegada. Agregando—: Siento de veras lo de su padre. Me llamo Oscar Evans y soy detective privado. Ya entiendo que mi visita es del todo inoportuna pero, aún así, quisiera rogarle que me dedicase unos minutos de su tiempo. ¿Puede hacerlo, señorita Warden?

—¡Deja que lo eche a patadas, Sonia!

—¡Gene, por Dios! Mi madre está de cuerpo presente, ¿Quieres controlar tus accesos violentos? —vio por el rabillo del ojo como su novio contenía a duras penas la irascibilidad hasta entonces exhibida. Y encarándose de nuevo con el investigador, dijo, forzando una tenue sonrisa—. Si sólo han de ser unos minutos…

—Le doy mi palabra. Y gracias por su comprensión.

—Sígame.

Y giró en redondo alejándose hacia el pasillo que se iniciaba en el fondo del vestíbulo, a la izquierda, alejándose de la arcada que daba acceso al comedor para internarse hacia otras dependencias de la enorme mansión de los Warden.

Friedman se quedó indeciso sin saber con exactitud si debía o no acompañar al recién llegado.

Gene Holden lo fulminó con la mirada y su expresividad casi letal se hizo patente en las frases que pronunció en tono tan rabioso e iracundo como quedo:

—Te juro que a la menor oportunidad, te voy a meter tu licencia de detective en el mismo sitio que los supositorios… y esperaré a que la saques por la boca. ¡Cerdo!

—¡Muérete! —le escupió al tiempo que salía en pos de la chica. Y para zaherirle donde más podía dolerle, agregó con una cínica sonrisa —: Y reza, si sabes, para que no te quite la novia. Tú no te mereces una criatura tan primorosa.

Ya estaba lejos cuando el policía dijo lo que dijo de su madre. Y dijo lo que Oscar estaba seguro que su madre no era.

La sala, lógico, estaba regia y pesadamente amueblada. Ella tomó asiento invitando al muchacho a que hiciera lo propio. Inquiriendo:

—¿Y ahora, señor Evans?

—¿En alguna ocasión oyó hablar a su difunta madre de una tal Laura Donovan?

Afirmó al instante.

—Sí, desde luego. Compartían las tareas de la Obra de la Visitación de Nuestra Señora. ¡Ahora que la nombra! —exclamó, como si hasta aquel instante no se hubiese acordado de que existía—. Es extraño que el padre Johnattan no le haya comunicado…

—Laura Donovan desapareció hace unos días. Precisamente su ausencia les causó profunda extrañeza al reverendo Clarkson y a la señora Warden. Ya veo que su madre no le había hablado de ese asunto.

—No —respondió la hermosa enlutada—, Pero no le extrañe, porque la pobre mamá y yo pasábamos días sin vernos. La parroquia le ocupaba mucho tiempo y a veces ni a la hora de comer coincidíamos. Bueno, yo, la mayor parte de los días como fuera. Soy delineante proyectista… bueno, me aparto del motivo de su visita. Y me temo que en poco voy a poder serle útil.

—¿Y su padre, señorita Warden?

El gesto de la muchacha fue por demás explícito. Tanto, que antes de que ella respondiera, dijo el propio Evans:

—Entiendo. No estaba muy de acuerdo con las prácticas cristianas

de ella.

—Es una manera de decirlo. Y… —pareció dudar unos instantes—, ¿le importaría responderme a una pregunta, señor Evans? —vio el cabezazo aquiescente del detective y ello la empujó a interrogar—: ¿Qué les enemista a usted y Gene?

—Digamos que cuestiones profesionales.

—Ya. También debe ser una forma de definirlo —se puso en pie y anunció—: He intentado complacerle pero no me ha sido posible, lo lamento.

—Ha sido usted muy amable… Sonia. ¿Puedo llamarla así?

—Desde luego, Evans.

Se iba ella hacia la puerta cuando Oscar preguntó:

—¿Puedo asistir al entierro de su madre?

—Por supuesto que puede, Evans.

—Recuerde que mi nombre es Oscar, Sonia.

—Agradeceré su presencia, Oscar. Y ahora, si me disculpa.

—¡Naturalmente! Ya he abusado en exceso de su amabilidad.

—De no darse estas tristes circunstancias le respondería. —Sonia Warden habló con un acento firme, con desparpajo y una buena dosis de adulta liberal y un tanto licenciosa — que es casi un placer que un hombre de su… *talento*, abuse de la amabilidad o lo que sea de una.

—Imagino que Gene no debe compartir sus… particulares criterios.

—Imaginas bien, Oscar —le tuteó por primera vez—. Hasta la tarde.

—Hasta la tarde. Y espero que el luto no sea obstáculo para que alguna que otra vez pueda abusar de tu… *amabilidad.*

—Tu falta de vergüenza es otro de tus atractivos.

Ya estaban en el vestíbulo. Desierto. Ni el mayordomo ni Gene se veían por los aledaños. Eso animó a Oscar a ceñirla, de improviso, por la cintura: Y a besarla plenamente en sus frutales labios. Y ella se dejó y contribuyó.

—Es también una forma de dar el pésame… efusiva, claro —dijo él con desbordante cinismo.

* * *

Fue un acto sencillo y emotivo oficiado por el reverendo Clarkson.

En teoría, sólo miembros de la familia habían tenido acceso a la fúnebre y silenciosa comitiva qué desde el añejo castillo, en absoluto recogimiento, acababa de acompañar los restos mortales de Margaret Douglas de Warden hasta el camposanto privado de la dinastía, donde la aguardaba el último reducto terreno que iba a cobijar sus despojos.

Sólo en teoría, desde luego.

Porque los ojos malignos de Holden intentaban fulminar lo que él suponía poco menos que un sacrílego allanamiento en la persona y presencia de Oscar Evans y la bellísima muñeca que lo acompañaba.

El detective, ignorándolo, se ocupaba en recorrer uno por uno los rostros de cuantos allí estaban reunidos alrededor de la fosa postrera. Desde el menudo y rigurosamente ennegrecido Percival Warden, que ofrecía un aspecto tan cadavérico como pudiera mostrar el ser sin vida que ocupaba el ostentoso ataúd de caoba, pasando por Sonia, otros deudos de la difunta, servidumbre de la mansión… hasta tropezarse con aquel individuo vestido con un atuendo deportivo a base de chaqueta a cuadros de gales en gris y pantalón azul oscuro, que se daba de bofetadas con el rigor indumentario del resto de asistentes, el cual llamó poderosamente la atención de Evans, hasta el extremo de comentar al oído de Shirley:

—¿Ves a aquel tipo de la chaqueta de cuadros?

—Sí… —cabeceó ella—. No parece de la familia, ¿verdad?

—No lo es, seguro. Y seguro también que yo lo he visto antes de ahora en alguna parte. Pero no soy capaz… Tendré que correr un riesgo.

Y lo corrió cuando hubo finalizado la triste ceremonia y se iniciaba el regreso al castillo, situándose al lado de Gene Holden para susurrarle:

—Trata de olvidar por un momento nuestras diferencias y dime si conoces al fulano del saco de gales.

El policía masculló algo entre dientes pero no obstante le echó una ojeada al individuo. Repuso:

—Deberías conocerlo, fisgón. Es un colega tuyo… al que por lo visto le da también por la caridad y otras virtudes cristianas. Tengo entendido que colaboraba con Margaret en esos asuntos de la Obra de la Visitación.

—¿Sabes cómo se llama?

—Evans, ¿no te parece que ya está bien?

—Algún día necesitarás de mí, Gene.

—¡Ni muerto, pesquisa! Se llama Paul Ross. Y ahora vete a la…

—Vale, vale. Creí que ya estaba en *ella*.

Y se alejó con presteza reuniéndose en el lugar de la necrópolis donde Shirley le aguardaba.

—¿Te has salido con la tuya?

—O.K. Y estoy más que sorprendido. Se trata de un detective… ¡ahora recuerdo! Sacamos juntos la licencia. Por lo visto ayudaba a la difunta Margaret en las obras de caridad. Pero, ¿sabes una cosa?

—¿Qué…? —se interesó Shirley.

—Las maneras de ese tipo no encajan ni por asomo en el plano de

las tareas caritativas. Puede ser una corazonada absurda… pero aquí hay algo que no huele bien.

—Te he contratado para averiguar el paradero de mi tía Laura.

—En eso estoy, prenda. Recuerda que todos los caminos conducen a Roma.

—No creo que mi tía esté tan lejos.

—Yo tampoco. Cuando hable con Ross es posible que empiece a acercarme a Laura. Shirley arqueó las cejas con evidente sorpresa.

—¿Qué puede tener ese hombre que ver con mi tía?

—Acabo de decirte que se trata de una corazonada.

—Sí, pero absurda, ¿no?

—Sí, pero corazonada —sonrió Oscar, enigmático.

PARENTESIS

A nadie en toda la ciudad podía sorprenderle la irreverente «genialidad» de Percival Warden al anunciar, apenas transcurridas diez horas de la inhumación del cadáver de su difunta esposa, su inmediato y segundo enlace matrimonial.

Y no podía sorprender por muchas razones. La principal: que todo Baltimore, aunque *sotto voce* y con cuidado porque la influencia y el arrollador poder económico de aquel ruin, esmirriado y libertino banquero multimillonario, podía crear la desgracia de aquellas personas que se atreviesen a censurar *in crescendo* su mezquino comportamiento y su deteriorada moral, comentaba de continuo en los corrillos habituales de todas las esferas sociales el escandaloso y lúbrico proceder de Percival Warden. ¿Iba alguien a extrañarse, pues, que sobre los restos todavía cálidos de la difunta Margaret, se alzase el siguiente matrimonio de un tipo lascivo y carente de escrúpulos?

Sonia, su hija, fue la única que se atrevió a decirle:

—¿Tanta prisa tienes por acostarte con esa golfa, papá?

—¡Modérate!

—¡No me da la gana! —exclamó la rebelde muchacha. Ampliando —: Todo quisque en la ciudad sabe que estás liado con esa tía que se las da de *vidente* y que es más furcia que las gallinas. ¿Tienes idea de cuántas camas de millonarios como tú habrá calentado desde que liego a Baltimore? Percival tuvo un arranque de, digamos, hombría.

—¡Te prohíbo que hables de ella en esos términos!

—¡Casarte con *mademoiselle* Monique! ¡Y mañana! ¿Por qué no aprovechabas la presencia del padre Jonathan en el cementerio, sacabas a esa víbora de su majestuoso prostíbulo y os casabais al lado de la sepultura de mi madre? No sé si estás loco o borracho —seguía hablando con desprecio y como si no hubiese oído el golpe de genio paterno. Apostilló—: Debe ser eso último, desde luego. Ebrio de lujuria… ¡te chupará el dinero como una sanguijuela mientras se acuesta con los jóvenes que le apetezcan! Me sorprende comprobar que a las vejeces tienes vocación de cornudo.

—¡Sonia!

Y tras la exclamación estrelló dos sonoras bofetadas en el bello

rostro de la chica.

Ella, congestionada, bramó:

—¡Desgraciado! ¡Que sea la última vez que me pones la mano encima! Y no tendrás oportunidad porque ahora mismo me marcho de aquí para siempre. ¡Entiérrate con esa puerca y con los placeres sucios que va a proporcionarte!

—¡Te exijo el respeto que me debes!

De la indignación, Sonia pasó a la más estentórea burla. Sus carcajadas atronaron el comedor esparciendo su eco irónico de un extremo al otro de la estancia hasta romperse en mil fragmentos contra el abovedado techo.

—¿Respeto? ¿Cómo te atreves a hablar de respeto? ¿Acaso sabes tú lo que significa esa palabra? ¿Cuándo y en qué momento de tu ruin existencia has respetado a alguien? ¿A tu esposa… a tu hija acaso? ¡Respeto! ¡Es para morirse de risa! Pero… —su rostro se desencajó ahora y sus hermosas pupilas parecieron escupir esquirlas sanguinolentas cuando desgranó, con voz ronca, cual si se tratase de toda una sentencia—: Ella no lo consentirá, ¡no! Margaret, mi madre, tu única y legítima mujer, se vengará de tu morbosa villanía, de tu desmedida lujuria. ¡Ella, sí… ella se encargará de castigarte!

Aquellas palabras trajeron al recuerdo de Percival, a su torturada mente, la escalofriante y maquiavélica escena que viviera horas atrás, en compañía de Monique, en el cementerio de la familia. Y se descompuso visiblemente. El pánico afloró a su rostro anémico, pálido y sudoroso, al tiempo que exclamaba:

—¡Cierra la boca, maldita! ¡No repitas eso! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi vista! ¡FUERA PARA SIEMPRE! ¡¡FUERAAAAAAA!!

Y se fue, sí. Pero dejando a su padre inmerso en la vorágine de terror más asfixiante que jamás hubiera envuelto a un ser humano. Pero minutos después, Monique Dubois, la pérfida Monique, con sus encantos sexuales y sus lascivas artimañas se encargaría, por el momento, de desvanecer las oleadas de pánico que sacudían la endeble naturaleza de Percival Warden.

Y a la mañana siguiente, sin constituir sorpresa desde luego, se celebró la boda en el juzgado, ya que Warden no se atrevió a acudir a ningún templo para solicitar del presbítero, menos de Johnattan Clarkson, que sellase el enlace de acuerdo con los ritos de la Santa Madre Iglesia.

—No te preocupes por eso, amor —le dijo ella al salir del recinto oficial—. Más me ilusionaba a mí. Tiempo tendremos de pasar por la iglesia. Dentro de pocos días serán muchos los curas que se disputen el honor de celebrar nuestro matrimonio canónico.

—Sí, claro, tienes razón…

Capítulo VI

MONIQUE Dubois, con aquel *deshabillé* rosa, vaporoso, transparente, que ahora cubría escasamente sus exhaustivos y desbordantes encantos, estaba más *sexy* y deseable que nunca.

—¿Has visto al notario, Percival?

—Sí, mi amor —repuso el hombre, babeante de lascivia y devorando con los ojos la excitante silueta de la hembra—. Todo está en orden. Si a mí me ocurriera asgo tú serás la única y universal heredera de toda mi fortuna.

Monique parpadeó, fingiendo asombro.

—¿Y Sonia?

—¡La he desheredado!

Ahora simuló viva contrariedad Exclamando:

—¡Oh, no, Percival! No has debido hacer eso.

—Se atrevió a insultarte, me faltó reiteradamente al respeto, dijo de ti cosas horribles… —Percival, Percival… —susurró con supuesta aflicción—, ¿no comprendes que es joven y vehemente? Su madre acaba de morir y es lógico que le cueste hacerse a la idea de nuestro inmediato matrimonio. Pero con el tiempo, estoy segura, comprenderá. Y yo te convenceré para que cambies ese testamento.

Percival quiso mostrarse inflexible y autoritario no pasando de ofrecer la imagen absurda y ridícula que le era inherente, sobre todo ante la voluptuosa Monique.

—¡Ni hablar de eso! Mi decisión es irrevocable.

La hembra runruneó a su alrededor como una gatita ardiente haciéndole sentir con plenitud el contacto de su naturaleza, el fuego de sus carnes que a Percival se le antojaron como borbotones de lava de un lúbrico e incandescente volcán.

—¿Vas a negarle a tu mujercita el primer favor que te pide?

Ahora, sin salir de su expresividad estúpida, quiso mostrarse vehemente.

—Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora, esta noche, creo que tú y yo tenemos algo mucho más…

—Eres un pícaro encantador, cariño —y buscó, dominando el asco que la inundaba, los descoloridos labios de aquella caricatura masculina.

Y él, trató más que de acariciarla, de palpar sus cálidos y apetitosos relieves.

—Paciencia, *mon amour*, paciencia…

—¿Por qué te has empeñado en que nos quedásemos a vivir aquí, Monique? Te había prometido una hermosa residencia en la más señorial zona de Baltimore…

—¡Oh, amor, muy sencillo! Porque el sueño de toda mi vida ha sido pasar una temporada en un castillo medieval. Y además, porque estoy hastiada de ruidos, polución, asfalto… de todo cuanto representa la febril monotonía de la ciudad.

Se encogió de hombros.

—Si ése es tu deseo, por mí…

—Escucha, Percival…

—¿Sí, mi vida?

—¿Por qué no me esperas en la balaustrada posterior, mientras yo subo a la alcoba para recoger algo con que cubrirme del relente de la moche? Es que me encanta contemplar la luna, Percival.

—Sí, Monique. Como tú quieras.

Y abandonó el salón, mientras ella, por la escalinata, ascendía rápidamente rumbo al dormitorio.

Entró, encendió la luz, tomó asiento delante de la recargada y sólida peinadora y se puso a contemplar la fotografía en color, ampliada a 24 × 36, que descansaba encima del cristal que cubría la ancha repisa del mueble.

En aquella cartulina de brillante colorido se reproducía el rostro de la difunta Margaret Douglas, primera señora de Warden.

Monique, luego, miró hacia el otro extremo del tocador en donde había una caja de cartón de cuyo interior extrajo algo arrugado y esponjoso, causa de la sonrisa maquiavélica que fue floreciendo lentamente en sus labios sensuales.

Pocos instantes después salía de la estancia.

* * *

El vientecillo nocturno que soplaba por aquellos parajes era molesto y desagradable.

Percival Warden, acodado en la balaustrada trasera del castillo que le legaran sus antepasados, un tanto incómodo por el soplo de aquel viento gélido que azotaba su rostro enjuto, se dijo para sus adentros que las mujeres, en el fondo, eran seres extraños con caprichos y veleidades todavía más extraños.

Fue entonces cuando se rompió el hilo de sus triviales pensamientos porque, de repente y sin que supiese la razón, la escena

que Monique había protagonizado en el cementerio llegó hasta su mente con fuerza arrolladora haciendo que se estremeciera con vibraciones espasmódicas de pánico genuino.

Hizo un angustioso esfuerzo para desterrar aquella horrible visión que amenazaba con torturarle en una noche donde la única finalidad y exclusiva motivación era disfrutar al máximo, saborear con exquisito deleite las mieles dulzonas del éxtasis sexual.

Pero los maquiavelismos vividos en el campamento se empeñaban en seguir inundando su cerebro.

Incluso dio un furioso manotazo en el aire, delante de su frente, suponiendo que aquel gesto irritado bastaría para desvanecer los inquietantes fantasmas que se empeñaban en rodearle, atosigando su de por sí temeroso y pusilánime temperamento.

Fue la voz femenina quien quebró como por arte de birlibirloque el desasosiego que ya se adueñaba de sus sentidos.

—Querido… —el adjetivo procedía de la oscuridad de una de las arcadas que daban acceso a la balaustrada.

—¿Sí…?

—¿Te importa esperar unos minutos, Percival? El tiempo justo de… terminar de contestar unas cartas de la Obra de la Visitación de Nuestra Señora.

Percival Warden se quedó erecto. Tieso. Frío. Y notó que aquel vientecillo gélido se filtraba por su columna vertebral convirtiéndose en algo muy parecido a un chorro de hielo que se derretía en el interior de aquélla.

«El tiempo justo de… TERMINAR DE CONTESTAR UNAS CARTAS DE LA OBRA DE LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.»

Y aquella voz…

¡No! ¡No podía ser! ¡Ella… Margaret Douglas, estaba muerta!

Los nervios le estaban traicionando: le estaban jugando una mala pasada.

Tratando de hacerse a esa idea y aunando las fuerzas que parecían haber abandonado su cuerpo, inquirió con voz apenas audible:

—¿Cartas…? ¿A qué cartas te refieres, Monique?

Tardó unos segundos en llegar la respuesta, desde aquel lugar en tinieblas hasta el que no penetraban los ojos de Percival. Esta respuesta:

—¡Percival! ¿Es que no me has oído? ¿Qué cartas van a ser? Las… *de la parroquia, las de las Obra de la Visitación…*

Percival, sacudido por un vibrante espasmo de nerviosismo y terror, estalló:

—¡Monique! ¡Monique! ¿Es que te has vuelto loca? ¿Qué tonterías estás diciendo? —Pero querido… *yo no me llamo Monique*. Soy tu

esposa… soy MARGARET DOUGLAS.

—¡No… no puede ser! —bramó Percival.

Y entonces… escuchó los pasos que se acercaban, lenta y pausadamente, muy despacio, procedentes de una de las arcadas que daban acceso a la balaustrada.

La sangre se le heló en las venas al intuir lo que iba a suceder cuando el rostro de ella quedase bajo el alcance de los fríos y acuchillantes rayos de luz que la esquiva luna que lucía en el firmamento proyectaba hacia abajo.

Apareció…

Majestuosa…

Apareció…

Erguida…

Apareció…

Desafiante,..

APARECIO ELLA.

¡Apareció el rostro sonriente, malévola y fatídicamente sonriente, de Margaret Douglas!

Percival, aterrado, con los ojos terriblemente abiertos y casi rozando el borde de las órbitas por la parte de afuera, retrocedió con torpeza un par de pasos, sin dejar de contemplar, como macabramente hipnotizado el rostro de… *¡de su difunta esposa!*

—Ni los sacrílegos exorcismos que esa maldita bruja lasciva realizó en mi sepultura antes de que los dos me enviaseis a ella —desgranó con estremecedora frialdad, con inflexión diabólica, la aparecida— han sido, son suficientes, para evitar que haya salido de debajo tierra… *en busca de mi atroz venganza*. Mírame, Percival… ¡MIRAME!

No podía ni parpadear.

Inmóvil ahora. Como uno de los estáticos cipreses del cementerio.

Sin aliento. Hasta sin lengua con la que chasqueando contra el paladar se pudiese convertir el aire en sonido.

—Pero… —ahora ella sonreía con más amplitud, con gélida expresión—, ¿qué te ocurre, querido?

Seguía inmóvil.

Paralizado por el horror. Pensando que parecía imposible que el corazón no consiguiera saltársele del pecho convertido en mil pedazos.

Ella, sin borrar la malévola sonrisa de sus labios, prosiguió su lento y estremecedor avance.

Ahora si pudo.

Ahora desahogó su terrorífica zozobra, su asfixiante agonía, su pánico brutal, gritando con voz enronquecida hasta permitir que el eco de su enervante bramido se transformara en infrahumano alarido:

—¡¡¡NOOQOOOOOOOOO!!!

Tras el aullido retrocedió atropellado, ciego, desesperado… y sin apenas darse cuenta de lo que hacía… *pasó la pierna derecha por encima de la balaustrada.*

—¡¡¡AGGGGGGGGGGGG!!!

Este segundo y estremecedor berrido se perdió hacia el fondo, entre las tupidas tinieblas de la noche, rabotando en su espesura para volver hacia lo alto en siniestra prolongación, mientras el cuerpo de Percival Warden, lo mismo que una marioneta de trapo a la que se le hubiesen segado los hilos que la mantenían en el mundo y le daban vida, se precipitaba hacia el oscuro y estremecedor vacío que como un pasillo de condenadas y tupidas negruras rodeaban aquel vetusto y arcaico castillo.

Capítulo VII

LO había escuchado en silencio.

Luego dio unas rápidas y autoritarias órdenes a través de uno de los interfonos que descansaban encima de la mesa —exigiendo al jefe de la sala de computadoras la mayor brevedad para ofrecerle las informaciones que solicitaba— y por último, encarándose con su interlocutor, comentó:

—Debes estar muy enamorado de esa muchacha que aguarda ahí afuera para haberte decidido a recurrir a nosotros, ¿cierto, Oscar?

El detective miró a su hermano mayor con expresión un tanto ambigua.

—Más bien sí. Aunque todavía no estoy muy seguro de ello.

—Nunca debiste abandonarnos, Oscar. Sabes que a pesar de tus diferencias con papá y Donald, yo siempre había estado y estoy de tu parte. Podías haber elegido una forma menos brusca de emanciparte.

—Eso es ya historia, Richard. Lo olvidé. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

—Como quieras. Pero debo decirte, de corazón, que a mi lado siempre tienes un sitio. —Estoy bien así.

—¿De veras? —hizo un evidente gesto de duda el mayor de los Evans. Agregando—: Si decides casarte con esa preciosidad…

—Suponiendo que ella me acepte.

—Supongámoslo: ¿qué porvenir puedes ofrecerle?

—El de una vulgar *pesquisa* que no dispone de computadoras, ordenadores, cerebros, programadoras, télex, ni nada de lo que exigen los modernos métodos de la investigación. La humildad de un detective que olvidándose de la técnica y el avance cree en el esfuerzo de los sistemas a la vieja usanza.

—No quiero insistir —dijo Richard—. Te deseo lo mejor y por ello estoy siempre dispuesto a ayudarte. Y a propósito de eso, ojo con lo que haces, ¿eh?, Warden es un tipo de gran influencia. Muy capaz de hundirte si le Socas allí donde le duele. Ya has visto su cinismo, ¿no? Entierra a la parienta y corre al juzgado para casarse con esa tiparraca. Pero no temas, ni un solo periódico- de la ciudad se atreverá a escribir la menor insinuación de censura hacia su actitud. Los periodistas saben muy bien lo que hacen y con quién pueden meterse

y con quién no. Toma buena nota.

—Entonces… —musitó Oscar—, supones lo que yo.

—¿Qué Percival Warden se ha deshecho de su esposa por métodos poco ortodoxos?

—¿Así se llaman ahora los asesinatos?

—Piano, Oscar. Un médico ha certificado la defunción por causas naturales No puedes ir contra tantas cosas. A veces, las más fundadas sospechas… tienen que quedarse en utópicas hipótesis. Además, ¿no estás tú investigando la desaparición de Laura Donovan?

—¿Has oído hablar de las corazonadas, Richard?

—Di mejor, intuición profesional —le corrigió el otro—. Supones que hay una correlación de hechos entre la extraña muerte de Margaret, y dijo extraña según tu hipótesis…

—¿No la has tachado de utópica?

—Admitámosla como factible… ¿Dónde supones que está la conexión?

—No he llegado a eso todavía.

El que sí llegó al despacho en aquel instante, tras golpear discretamente con los nudillos sobre la puerta, fue el jefe de la sala de computadoras.

Saludó a los contertulios y dirigiéndose a Richard Evans, anunció:

—Los informes que había solicitado, señor.

Y le tendía varios dosiers.

—Gracias, McKreen —dijo Evans, recogiéndolos—. Puede retirarse —y cuando el otro lo hubo hecho se encaró con su hermano, agitó en el aire los expedientes sacudiéndolos contra la palma de su mano izquierda y dijo—. Aquí los tienes, Evans —fue echándoles una ojeada, al tiempo que los dejaba caer sobre la superficie de la mesa, desgranando—: Margaret Douglas de Warden, Percival Warden, Monique Dubois, Laura Donovan… y Paul Ross. Tienes lectura para rato.

Justo en aquel momento se esparció por el aire el campanilleo musical de uno de los teléfonos. Richard Evans accionó la palanca que conectaba la línea al amplificador y sin descolgar, inquirió:

—¿Sí? ¿Qué ocurre, McKreen?

—El teletipo acaba de transmitir una noticia urgente… y sensacional.

—Adelante.

—Percival Warden… se ha suicidado esta noche.

Los hermanos Evans se miraron con legítimo asombro.

—¿Cómo ha sido eso, McKreen?

—Los datos están aún confusos, señor. Al parecer se lanzó al vacío

desde una de las balaustradas de ese castillo medieval en el que vivía. Ya ha intervenido la Brigada de Homicidios de la *Metropolitan Police.*

—¿A quién le han asignado el caso? —quiso saber Richard Evans.

—Al teniente Gene Holden. Precisamente el que va a casarse con la hija de Warden. Por eso habrá sido, para que obre con tacto y no airee más de la cuenta la escabrosa vida privada del difunto.

—¡Vaya! —exclamó Oscar—. ¡Lo que me faltaba! Gene por en medio.

Richard, que ya había cerrado la comunicación, le preguntó a su hermano:

—¿Te llevas mal con Holden?

—Fatal.

—Por ahí tranquilo, Oscar. Le tenemos atrapado con un par de favores gordos. Si te incordia demasiado dame un telefonazo y verás qué pronto te lo quito de encima.

El menor de los Evans se puso en pie y tendió la diestra a su hermano. Este salió de detrás de la mesa para estrecharla y luego se fundieron en un abrazo de hermanos —Suerte, Oscar.

—Gracias por todo, Richard.

—¡Como se te ocurra volver a darme las gracias…! —hizo un amago con el puño derecho.

—¡Hasta pronto, Richard!

Fuera se reunió con Shirley que le aguardaba impaciente.

—¿Cómo ha ido, Oscar?

—Bien, pequeña. Mi hermano es una excelente persona. Ahora… ¿vamos a tu apartamento?

—¿A…?

—Leer.

—¿Leer? —arqueó ella las depiladas cejas entre confusa y sorprendida.

—¡Ahá, mal pensada! Tenemos mucho para ilustrarnos.

—¿Con relación a tía Laura?

—Y a otras muchas personas. Ya te dije en el cementerio que tenía una corazonada.

—Sí —admitió ella, apretándose contra el flanco de Oscar y haciéndole sentir la dulce tibieza de sus carnes mientras caminaban ya en la calle. Puntualizando—; También dijiste que cuando hubieses hablado con ese colega tuyo, el de la chaqueta de cuadros de gales…

—¿Paul Ross?

—Sí —cabeceó Shirley—. Que cuando hubieses hablado con él, estarías más cerca de Laura.

—Sigo opinando y diciendo lo mismo, prenda. Pero antes de

entrevistarme con Ross tenía que saber unas cuantas cosas de él. Aquí, muñeca —agitó en el aire los dosiers—, llevo un extenso historial sobre su persona. En cuanto lo haya asimilado le hago una visita.

—¿Sabes qué me apetece ahora, Oscar?

—No me lo digas, linda. Quiero trabajar sin que ningún pensamiento oscuro… aunque muy dulce, interfiera en mi intelecto.

—Te has pasado, *pesquisa*. Sólo me apetece una cerveza.

—Pues a mí… hacer el amor contigo.

—¿Después de la cerveza? —y se apretó más contra él.

—Vale. Y antes de vérmelas con Ross.

—¿Y si te dejo en inferioridad de condiciones?

—Eso está por ver.

—Dalo por hecho —sonrió la bellísima y excitante Shirley, haciendo un arrumaco ingenuo que encerraba todo un prodigio de tentación seductora.

Capítulo VIII

—MI secretaria no le ha anunciado —dijo, evidentemente molesto, el que estaba sentado tras la mesa

—Después de besarla en la boca, ignoro si contra su voluntad, le he pedido que no lo hiciera.

—Muy original. ¿Puedo saber quién es usted?

—Oscar Evans. ¿No me recuerdas, camarada?

El otro se golpeó la frente.

—¿De los Evans… de la agencia?

—¡Bingo! El que trabaja por su cuenta, ¿sabes?

—¡Ah, ya! El rebelde sin causa.

—Con tu permiso me siento, colega.

—¿Y qué te trae por aquí?

—La caridad —repuso Evans con una sonrisa caustica.

Paul Ross ladeó la cabeza con las cejas levemente arqueadas.

—¿Estás de coña, Evans?

Ahora fue el otro quien ensayó un rictus de sorpresa.

—¡Qué dices, Ross! Yo nunca bromeo. Quiero que me enseñes a practicar tan cristiana virtud. ¿No es ése uno de tus hobbys?

—Evans, te pasas. No me gustan los crucigramas y aún me gusta menos la forma en que te has plantado en mi despacho. Puede que a Dorothy le guste que la besen pero a mí…

—¡Tranquilo, Paul! Palabra que no pensaba ni pienso besarte.

—Al grano, Evans —dijo, imperioso, Ross—. Te prevengo que tu familia, los de la agencia, no me impresionan.

Tiró encima de la mesa el expediente que llevaba entre los dedos de su mano. Anunció: —Pues ellos me han facilitado esto. Y ahí no habla de caridad, cosa que no has practicado en tu puñetera vida, pero sí de que Margaret Warden te contrató para que siguieses a su marido hasta el water si era preciso. ¿Por qué? Se trataba de confirmar su «rollo» con la Dubois, ¿no?

—Si lo sabes…

—Pero tú sabes muchas cosas que necesito me cuentes. Confidencias entre colegas, ¿me explico? ¿Qué hacías en el cementerio, Paul? Muerta tu cliente la investigación había terminado,

¿cierto? ¿O acaso jugabas con dos barajas?

A Ross se le congestionó el rostro poniéndosele rojo como una amapola.

—¡No te consiento ni a ti ni a…!

—A mí, sí —le cortó Oscar con impresionante autoridad. Con la que parecía otorgarle el estar al corriente de muchas irregularidades en la vida del otro—, Y te aconsejo, por tu bien, que me sigas consintiendo todo lo que yo quiera que me consientas. Háblame del triángulo Margaret-Percival-Monique…

—Eso está claro. Informé a Margaret de que su marido se entendía con la otra.

—¿Y también de que pensaban eliminarla?

Ross se mordió el labio inferior.

—Bueno… eso fue una sospecha. Una composición de lugar que podía afianzarse en la pasión desbordada que Percival sentía por Monique.

—Pero Margaret murió.

—De fallo cardíaco, Oscar.

—Que muy bien pudo ser provocado.

—Difícil de probar. No olvides que existe de por medio un certificado de defunción que legaliza el deceso de Margaret Warden.

—Eso ya me lo ha recordado alguien esta mañana —anunció Evans. Ampliando—: Pero no estoy muy de acuerdo… *ni tú tampoco, ¿verdad?* ¿Qué es lo que te callas," Ross? —Nada.

—Insisto. ¿Qué hacías en el cementerio?

—Asistir al acto de sepelio de una cliente.

—¡Mierda! —estalló Oscar, ominoso, alzándose de la silla—. ¿Me vas a obligar a que me ponga desagradable?

—¿Te atreves a amenazarme? —inquirió Paul Ross, tratando de aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Lo que es peor —matizó el otro—. Me atrevo a llevar a la práctica esa amenaza.

Paul también se puso en pie.

—Debo rogarte que abandones mi despacho.

Sin más, Evans le estrelló el puño derecho en la boca. Efectuó una inverosímil pirueta en el aire y acompañó a Ross en su caída, salvando la mesa por encima y empotrándole las suelas de ambos zapatos en el pecho.

Estrépito más que notable el que produjo el otro detective al estrellarse contra la pared tras arrastrar la silla en su espectacular descenso hasta apelotonarse en tierra.

Oscar, sujetándolo por las solapas de la chaqueta gris, deportiva,

cuadros de gales—, blandió de nuevo el puño en el aire. Anunció:

—Cuando te dejo no vas a valer para nada, muchacho. ¿Hablamos?

Un hilillo de sangre le corría por la barbilla procedente de los labios. Se restregó por encima de aquélla el dorso de la diestra.

—Te… arrepentirás.

—Eso tú, si te mando al hospital. ¿Nos sentamos como dos personas correctas y civilizadas? Cómo estábamos hace unos instantes, ¿eh?

Y tiró hacia adelante de Paul al tiempo que alzaba la silla de tierra y lo empotraba en ella, empujándolo hacia la mesa. Pasó al sitio de donde había salido para producirse con violencia y dijo:

—Te escucho, colega.

Volvió a limpiarse la sangre que se empeñaba en seguir manando. Explicándose así: —Advertí a Margaret de que cabía la posibilidad de que su marido y Monique intentasen eliminarla. De momento no quiso creerme pro yo insistí, aportando como prueba unas cintas que conseguí grabar tras introducirme en el gabinete de Monique Dubois y colocar unos discretos micrófonos.

—¿Reacción de la otra?

—Me habló de desaparecer. Luego, tras meditarlo con largueza, me aseguró que no había por qué preocuparse. Dijo que Percival era demasiado cobarde, que no tenía el valor suficiente ni para cometer ni para intervenir en un asesinato. Yo, entonces, hice de nuevo hincapié en el asunto de las anfetaminas…

—Aclárame ese punto.

—¿Quieres oír las cintas?

—Quiero… ¡Así da gusto, hombre! —exclamó, tras la inicial afirmación, Evans—. Entre compañeros debemos ayudarnos. Oigamos esas cintas.

Paul Ross preparó el aparato *cassette* y pronto se llenó el ámbito con las voces de Monique Dubois y Percival Warden. Este explicaba su sueño, *mademoiselle* Monique hacía la interpretación onírica del mismo, y después comenzaba el capítulo de los estimulantes. La forma de verter el polvo de anfetamina en los vasos de leche…

Se paró el *cassette.*

—¿No tomó entonces precauciones?

—Me dijo que lo haría. Yo seguí vigilando a Percival y precisamente la misma noche en que murió Margaret Douglas, poco antes de su óbito, seguí a Warden hasta el Cementerio privado de la familia. Percival iba en compañía de Monique Dubois, y lo que allí tuve ocasión de presenciar, le ponía los pelos de punta al mismísimo Satanás.

—Matiza. La morbosidad me encanta, palabra.

Paul Ross se extendió en todo lujo de detalles.

—¿Por qué no hablaste con la policía de ello?

—¿Tú sabes bien quién es y hasta dónde llega Percival Warden? Nosotros, para tipos como él, no somos más que cucarachas a las que puede aplastar con toda facilidad y con la mayor impunidad.

—Percival Warden ya no pisará a ninguna cucaracha… so pena que las haya en el infierno.

Ross, que ya había dejado de sangrar, pegó un respingo.

—¿Qué… qué estás insinuando?

—Lo que tú has supuesto con tu proverbial clarividencia. Se ha suicidado esta noche.

—¿Suicidado?

—O lo han… —puntualizó Evans—. ¿Qué más da? Y ahora, háblame de Laura Donovan.

—¿Laura Donovan? —repitió el detective.

—No vuelvas a hacerle el «loco», Ross. ¿Es que te va la «marcha» como a las mujeres de mala vida y moral relajada?

Tragó saliva.

—Verás… sólo se la oía nombrar a Margaret.

—¿Por?

—Creo que fue a raíz de mi insistencia acerca de que debía tomar precauciones con respecto al posible proyecto de su marido y Monique para deshacerse de ella. Entonces nombró a esa mujer, a Laura. Dijo que era una gran amiga suya y que la ayudaría incondicionalmente.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Eso sí que lo ignoro, Oscar.

—Me esforzaré en creerte, Ross. Pero como me hayas mentido en éste o algún otro punto… tienes mi palabra de que volveré

Y alzándose de la silla abandonó el despacho con las mismas maneras que lo ocupara.

* * *

Después del beso que mantuvo unidas sus bocas, pegados literalmente sus labios y fundidos sus alientos de forma exhaustiva, ella inquirió:

—¿Qué piensas hacer, Oscar?

—Muchas visitas, cariño. Tengo una larga lista de personajes que entrevistar. Dejaré a Monique Dubois para el final. A ella parecen gustarle los espectáculos de medianoche, así que he decidido ponerme en contacto con la *mademoiselle* a la hora de las brujas. —Lo que es.

—Más o menos. Aunque tu…

—¿Qué? —interrogó Shirley con los ojos muy brillantes, muy

expresivos, tremendamente elocuentes.

—También eres una brujita, deliciosa. Maquiavélica como Monique… pero mucho más deseable.

—¿Dónde está mi maquiavelismo? —volvió a preguntar, con enorme dosis de picardía en la que hacía vibrar un chispazo de su cautivadora ingenuidad.

—En la cama. ¿O no lo sabías?

—¡Lascivo!

—Me encanta serlo. ¿Quieres colaborar? No olvides que me aguardan muchos peligros. En las novelas, los detectives, los hombres duros, antes de…

—No te esfuerces… te entiendo.

Capítulo IX

COMPLETAMENTE vestida de un negro riguroso, Monique Dubois escuchó en absoluto silencio la lectura del testamento que Norman Rawlings, notario y amigo del difunto Percival, había tenido la gentileza de acudir a leerle en el propio despacho del castillo que perteneciese al finado, convencido de lo afectada que estaría la joven viuda… a quien el destino fatídico apenas le había permitido saborear su matrimonio.

Después de los trámites legales y de ofrecerse para cuanto fuese necesario, Rawlings abandonó la medieval y vetusta construcción. Monique, tras acompañarle hasta la puerta, regresó al salón justo en el momento que accedía a él Gene Holden, teniente de la Brigada de Homicidios, que ya llevaba más de media hora merodeando, en compañía de otros miembros del departamento, por los aledaños y el interior de la mansión.

—Siento molestarla, señora.

—Entiendo que cumple con su deber. Y tan doloroso como el mío, puesto que no en vano su prometida es la hija de mi difunto… Sonia debe odiarme mucho, ¿verdad?

—Prefiero no tocar este tema, *mademoiselle*…

—Señora de Warden o viuda de Warden —le corrigió ella con voz suave pero autoritaria, correcta pero firmemente—. Lo prefiero así, puesto que eso soy.

—Disculpe —Gene se retorció los dedos de la diestra dentro de la otra mano con evidente nerviosismo. Y aclaró—: Comprenda que mi postura en este asunto es bastante desagradable. Se me ha encomendado que haga las investigaciones pertinentes con respecto al suicidio de su esposo… cosa de rutina, ¿sabe? Procuraré molestarla lo menos posible y le garantizo que todo se llevará a cabo en medio de la más absoluta discreción.

—Se lo agradezco mucho, teniente.

—Llámeme Gene, se lo ruego.

—Bien —le sonrió ella apagadamente, procurando evidenciar la palidez de su rostro, conseguida a base de esmero, paciencia y los consabidos cuidados de las cremas y tonos correspondientes. Añadiendo—: ¡Ah, Gene! Hay algo que quería decirle.

—¿Y es, señora?

—Mañana mismo volveré a llamar al señor Rawlings, el notario, para dejar convenientemente arreglado lo de su futura esposa. Me corresponde a mí reparar el error que en un momento de nerviosismo cometió mi esposo desheredando a Sonia. Mi corazón es justo y generoso, Gene.

—¡Nadie lo duda, señora! —exclamó el policía, viendo el cielo abierto al imaginar lo que sería en efectivo la posible dote de su prometida.

—Y como ustedes van a casarse pronto… —siguió la sensual y maquiavélica Monique—, he pensado que lo más práctico será que le haga entrega de su parte a Sonia en efectivo. Creo que un millón de dólares…

Gene Holden casi voló. Y no pudo evitar la exclamación:

—¡Eso es fantástico, señora!

—Ella… *y usted, lo merecen*. En cuanto usted dé por terminada la investigación e informe a sus superiores de que la normalidad ha presidido el desgraciado accidente, el infortunado suicidio de mi esposo…

—¡Mañana mismo dejaré cumplimentado mi informe!

—Se lo agradezco profundamente. Mi ánimo no está para ver policías rondando por la casa. Y ahora, si me lo permite, desearía retirarme. Han sido demasiadas emociones en muy corto período de tiempo y necesito descansar.

—¿Me permite que la acompañe?

—Muy amable, Gene. Pero no es necesario. Debo estar sola…

—Lo comprendo, señora. Procure descansar.

—Será difícil, fiero lo intentaré.

* * *

—¿No crees que es peligroso que yo esté aquí, Monique?

Ella lo miró con lujuriosa codicia.

—Esta noche te necesito más que nunca, Jean-Paul. Además, ¿quién va a suponer o sospechar que tú estás aquí? Nadie sabe de ti, ni te conoce. Los criados ya están recluidos en sus habitaciones… ¡hoy te deseo, *mon petit cheri*! Más que otras veces necesito sentir tu cuerpo dentro del mío…

—Monique, me estás…

—Eso quiero, pequeño canalla. ¿Te das cuenta de que todo ha salido a la perfección? Mis proyectos se han cumplido al pie de la letra y pronto, muy pronto, empezaré a hacer todo el daño que siempre he deseado hacer. La primera será esa estúpida de Sonia… *ni llegará a*

recibir ese millón que le he anunciado al cretino de su novio, ni se casará… un accidente va a impedírselo, un accidente mortal. Mi venganza contra la sociedad va a empequeñecer la imaginación de Alejandro Dumas y los sistemas de su personaje el Conde de Montecristo.

—Dejemos la venganza para mañana, vida mía —le dijo Blanchard. Puntualizando—: ¿Por qué no hablamos ahora mismo, de la pasión?

—Eso se hace, Jean-Paul, no se habla. ¿Quieres desnudarme, por favor?

Destellos de hiriente lujuria chispearon en los ojos del hombre.

—Sí…

* * *

No oyó marcharse a Jean-Paul porque se había quedado profundamente dormida. Pero díose cuenta de su ausencia al despertar de súbito, sudorosa, agitada, con la extraña sensación de que algo espectral flotaba en la oscuridad y silencio de la alcoba.

Sí, Monique experimentó la íntima y poco confortable sensación de que algo maléfico iba a suceder a su alrededor.

Como por obra de un hábil prestidigitador el sueño que embotaba sus sentidos y el cerebro —ese sueño tupido que envuelve los sentidos tras las prácticas excitantes de la sexualidad—, se esfumó, dejando paso a una especie de silencioso pero audible toque de alerta… desarrollado todo ello en el interior de su mente.

Con rapidez y decisión tomó entre los dedos de su mano el conmutador de la mesita de noche, accionándolo, para así inundar de luz la estancia.

Parpadeó, ante la brusca sustitución de la claridad por las tinieblas.

Parpadeó por segunda vez.

Pero ahora… para desterrar de su retina la imagen de Margaret Douglas que, envuelta en sedosos y blancos ropajes, le sonreía espectralmente sentada a los pies de la cama.

Pero al abrirlos… ¡SE TROPEZO DE NUEVO CON ELLA!

—¡No! ¡No es posible, maldita bruja! —bramó Monique con los ojos inyectados en sangre y la expresión mutada, metamorfoseada determinantemente hasta convertir la belleza exultante y sensual de su faz en un núcleo de crispaciones diabólicas—. ¡Te envié a hacer caridad a lo más profundo de los infiernos! ¡ESTAS MUERTA!

—¿Muerta dices, insensata? ¿Cuándo habías visto a una *muerta* sentada a los pies de tu lecho de lascivia y pecado?

Saltó de la cama de un brinco.

—¡Ahora verás, víbora repugnante! —y rugiendo cual una posesa, abalanzóse sobre la mesilla para extraer del cajoncito una pequeña

automática —una Browning de 6.35 mm— de nacarada culata.

La visión entonces se trasladó con rapidez hacia la puerta, y con ésta abierta, tras una estremecedora y maquiavélica carcajada, se la oyó decir:

—No te saldrán bien tus propósitos, diabólica Monique.

Ella, sin pensarlo ni un segundo, apretó el gatillo.

¡BANG!

El balazo retumbó dentro de la estancia como si del envite de un cañón se hubiese tratado.

Pero el *fantasma* de Margaret Douglas ya había salido de la estancia.

Monique, pistola en ristre, se arrojó hacia la puerta.

Asomando al pasillo con ojos desencajados.

Miró de un extremo a otro.

Nada.

Silencio.

Oscuridad.

NADA.

Nadie…

Apoyándose en el muro, nerviosa, excitada, entrecortada la respiración, susurró para sí misma:

—Los nervios…

Y regresó lentamente a su alcoba.

Sólo hizo que entrar…

…Y darse cuenta de que Margaret Douglas, con sonrisa escalofriante, estaba negligentemente retrepada en la cama.

—No te saldrán bien tus propósitos, diabólica Monique —repitió la aparición; añadiendo—: Has querido jugar a ser maquiavélica, pero yo tengo los cuatro ases de la baraja. ¡Póker de maquiavelismo, Monique! ¡Has perdido la partida! Loca, enfebrecida, jadeando como una posesa, alzó el cañón del arma al tiempo que bramaba:

—¡¡VUELVE A LA TUMBA, ARPIA ASQUEROSA!

Pero la visión saltó limpiamente de la cama… siendo engullida por los adobes de uno de los muros ante la mirada aterrorizada de Monique.

Corrió de nuevo hacia el pasillo.

Y ahora, en la penumbra, en el recodo de la izquierda, vio al *fantasma* de Margaret Douglas, envuelto en sus ropajes sedosos de nítido color blanco, sonriéndole mefistofélicamente.

—¡Ven… ven…! ¿No quieres matar mi espíritu, Monique?

—¡Quiero, quiero, PERRA MALDITA!

Y siguió a la exclamación odiosa algo así como un rugido bestial,

fuera de lo humano, que curvó sus labios sensuales en mueca espeluznante, horriblemente estremecedora.

Y se precipitó con desesperación en pos de la otra.

Loca, enfebrecida, jadeante, guiada tan sólo por el revoloteo de las sedosas transparencias que envolvían a la aparecida, Monique corrió desenfrenadamente sin darse cuenta de cómo ni por dónde lo hacía.

Apenas- se percató de que había dejado atrás la vetusta construcción y que seguía corriendo, enajenada, enardecida, fuera del mundo su mente, tras aquel revuelo de seda blanca, por el abrupto y desigual sendero que desde el castillo conducía a la carretera. Bramando:

—¡¡MALDITAAAA!! ¡¡¡TE MATAREEEEEEEE!!!

Y apretó el gatillo de la pistola una y otra vez…

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

… hasta que agotado el «peine» golpeó el percutor en vacío.

—¡¡¡MALDITAAAAAAAAAA!!!

Así desembocó a la carretera general que pasaba muy cerca del castillo que fundara aquel lejano miembro de la dinastía Warden, luego de traerse viejas piedras normandas de un legendario y romántico lugar de la rubia y pérfida Albión.

Loca, sí.

Y jadeante, también.

Con el corazón subiendo hacia la boca, los labios entreabiertos y espumosos como si quisieran vomitarlo. Exhausta. Sin tan siquiera distinguir el objeto de su angustiosa persecución.

Ni siquiera el enorme *tráiler* que venía lanzado a gran velocidad por la derecha del encharolado asfalto, el cual, pese a la desesperada maniobra de su habilísimo conductor arrolló materialmente el cuerpo de *mademoiselle* Monique, de la maquiavélica Monique Dubois, arrastrándolo más de doscientos metros, triturándolo bajo la cinta poderosa de sus grandiosos neumáticos.

La muerte fue instantánea.

Y allí, bajo aquellas ruedas de monstruoso diámetro, entre éstas y la oscura carretera, reducidas a un montón deforme de huesos triturados y carne machacada bañados en sangre, quedaban las ambiciones de una mujer de cerebro torturado y diabólico, de mente maquiavélica, que había querido vengarse de la vida haciendo todo el daño posible a cuantos la rodeaban, influenciada por el espejismo torturante de sus míseros balbuceos, de su deambular angustioso por las callejuelas de Montmartre en busca de comida, soportando la vileza que luego habría de germinar en ella de aquellos que la asediaban, no vacilando en sacrificar para su venganza y para la satisfacción de su desmedido egoísmo, a víctimas inocentes…, *o no tan*

inocentes.

Porque apenas había tenido tiempo de empezar a hacer… *daño*, todo el *daño* que ella deseaba hacer.

A su mente maquiavélica se había opuesto otro cerebro desconocido, enigmático, de espectrales fantasías superiores a las de ella y de un maquiavelismo más refinado y letal.

Ya se oían voces en las cercanías.

Algunos criados venían corriendo desde el castillo alarmados por el eco de los disparos, de los bramidos, del estridente chirriar de los neumáticos del camión cuyo brusco frenazo había estrellado contra el silencio de la noche un eco tétrico, lúgubre, estremecedor.

El camionero, con las manos ocultando su rostro, exclamaba una y otra vez:

—¡Se me ha metido debajo! ¡Debajo! ¡No he tenido tiempo ni de verla, ni de…! ¡Se me ha metido debajo!

Capítulo X

EL automóvil, tan sombrío y severo como las mismas tinieblas que daban vida y silencio al espeso manto nocturno, permanecía estacionado, inmóvil como una mancha negra en el interior de un pozo de tinieblas, entre unos gruesos arbustos, en los inicios del estrecho sendero que por detrás del castillo surgía del camino que unía aquél con el cementerio, hasta desembocar en la carretera general.

La mujer acababa de situarse frente al volante.

Un prolongado suspiro huyó por entre sus labios.

Despacio, fue despegando la adherente mascarilla de látex que cubría sus facciones. Alborotó el cabello con los dedos buscando recobrar su aspecto natural.

¿Natural?

—Es curioso y sorprendente que para ser usted misma se vea obligada a usar una mascarilla, ¿verdad, señora? —interrogó, de repente, una voz que surgía cual la de un espectro de entre la oscuridad que envolvía el asiento posterior del coche.

Un sobresaltado respingo.

—¡Eh…! ¿Quién está ahí?

—No nos conocemos, señora. Pero le diré que me llamo Oscar Evans y que ejerzo como detective privado. No he llegado a tiempo de impedir el *consummatum est* de su venganza… porque en pocas horas y contra reloj ha sido muy laborioso el llegar al fondo de este juego maquiavélico. Decían los antiguos sibaritas de la Roma corrompida y morbosa que la venganza era placer de dioses… ¿o no fueron los romanos, Laura Donovan? O… *¿acaso debo mejor llamarla Margaret Douglas?*

—¡Usted está loco! —tralló—. ¡Salga inmediatamente de mi coche!

—Perfecto trabajo el que su eterno enamorado Terence Kubrik realizó en su rostro y el de Laura. Ella por usted y usted por ella, ¿cierto? Es absurdo que se empeñe en negarlo porque en estos precisos instantes, el doctor Kubrik, experto y verdadera eminencia en cirugía plástica, está prestando declaración en un precinto policial. Me ha costado un poco convencerle… pero ante la evidencia de la exhumación del supuesto cadáver de Margaret Warden y de la

comprobación pertinente de sus impresiones necrodactilares, ha comprendido que estaba en un callejón sin salida. Se le acusará de complicidad en el asesinato de Laura Donovan… ¿cómo la convenció, Margaret?

—Se me hace difícil comprender que un hombre al que no conozco pueda estar al corriente…

—Mi colega Paul Ross y los informes que poseo sobre usted y cuantos han intervenido en esta noria dantesca de alucinantes visiones, de diabólicos maquiavelismos y criminales desenlaces, han facilitado mí tarea. ¿Le dijo a Laura que no correría ningún peligro, verdad?

Cabeceó afirmativa, dando por sentado que encerrarse en negativas frente a quien demostraba estar tan impuesto de los hechos, resultaba absurdo. Habló:

—Sí. Le expliqué que se trataba sólo de suplantarme para tener mayor libertad de movimientos y poder espiar a mi marido y su amante. Kubrik acabó de convencerla de que luego sería sencillo devolverle sus auténticas facciones.

—Y estaba en la más supina ignorancia, supongo, de que el cirujano la estaba convirtiendo a usted en una copia de ella. Había un gran parecido en la figura, peso, complexión… muchas facilidades para un experto como Kubrik. ¿Por qué permitió ese juego diabólico, señora Warden… o prefiere Douglas? Si sabía a través de Ross los proyectos de Monique y su marido, si existían cintas grabadas de por medio, acudiendo a la policía, Laura, Percival y Monique estarían ahora vivos. Estos últimos hubiesen sido debidamente castigados por la ley y su amiga, la única que supo demostrarle fidelidad y cariño, no habría sido absurdamente sacrificada. No encaja en una persona de supuestos sentimientos bondadosos, de probada cristiandad y directora de una asociación dedicada a la caridad y al bien de los demás… el haberse -integrado en una vorágine de sangrientos maquiavelismos. ¿Por qué, señora Douglas, sigo preguntándome, por qué?

Pareció mostrarse dubitativa unos instantes. Anunció al fin:

—Quise evitarlo, de veras. En principio sólo pensaba llevar a cabo un escarmiento, pero luego…

—¿Qué?

—Cuando Ross me relató con detalles tan estremecedores el escalofriante acto que Monique había escenificado en el cementerio… sirviéndose del miedo de Percival, de sus artes hipnóticas, de la mujer que habían contratado para fingir el enterramiento y luego su salida de la tumba, acompañado todo ello de un juego de cámaras que manejaba el amante de Monique, un tal Jean-Paul, convirtiendo mi

supuesto cadáver en un esqueleto… —se tapó el rostro con ambas manos tratando de ahogar un sollozo—. ¡Creo que entonces me volví loca! Y dejé que Percival vertiera en el vaso los polvos que Laura suponía que yo había cambiado previamente, sustituyendo el papelito en que venían envueltos por otro que sólo contenía azúcar. Sabía que luego Monique, sirviéndose de la misma artimaña que en el cementerio, donde ya había alterado suficientemente los mecanismos psíquicos de Percival, se desharía de él procurando simular un accidente. Eso, me marcó la pauta a seguir. Yo jugaba con la ventaja de conocer los pasadizos secretos del castillo… ¿para qué seguir? Usted parece saberlo tan bien como yo. ¿Qué pasará con Jerome Fenech, nuestro médico de cabecera?

—Está junto a Kubrik en el precinto. Su futuro yerno, Gene Holden, está instruyendo el expediente. Fenech puede ser que salga mejor librado ya que se limitó a certificar la muerte como consecuencia de un paro cardíaco de una mujer que lógicamente para él, mostraba las facciones de Margaret Douglas, señora Warden. Yo y usted, sabemos que Jerome Fenech estaba impuesto de la verdadera identidad de la difunta. Pero sin su testimonio eso no se podrá probar, porque las evidencias de que dispongo a ese respecto no se constituirán como elementos válidos ante un juez y un jurado. Si aún le queda algo de lo que fue su conciencia, si sus preceptos y principios no se han diluido totalmente en esta espiral sangrienta y macabra… a usted le corresponde decidir.

Un silencio. Y de repente:

—Ya he decidido, señor Evans.

¡PLOC! ¡PLOC!

Dos taponazos.

Oscar no "había captado el movimiento de la diestra de Margaret Douglas ni cómo los dedos de aquélla alzaban vertiginosamente la automática provista de silenciador incrustando el tubo de éste contra su sien.

Se fue hacia adelante estrellando la cabeza en el volante.

Y el claxon empezó a sonar con estridencia taladrando una vez más el silencio de aquella noche poblada de macabras manifestaciones sonoras.

Gritos, disparos, frenazos…

Y ahora el restallar frenético de un claxon que invirtiendo el estentóreo anuncio que de la llegada del día hacía el canto del gallo madrugador, advertía del final trágico de un episodio que había tenido por marco los maderos siniestros de la muerte y el maquiavelismo.

Oscar le alzó la cabeza y dejó de escucharse la estridencia del silbido, de aquel aullar que ya no era premonición de muerte porque

ya hasta la muerte se había cansado de estar en escena.

Ahora, quedaba el doloroso trance de explicarle todo aquello a Shirley Donovan.

Y esa tarea, triste y difícil, le correspondía exclusivamente a él.

Cuando salió a la carretera llegaron hasta él, de nuevo, las voces, los gritos, las exclamaciones, y los chispazos azulados procedentes de las luces superiores giratorias de los autos policiales. Caminó, inclinada la cabeza y hundidos los hombros, hacia el primer vehículo radio-patrulla para ponerse en comunicación con el teniente Gene Holden.

Como en el asunto Cromwell, había vuelto a adelantársele. Y… ¿qué importaba eso ahora?

EPILOGO

SHIRLEY Donovan, abatida sobre la butaca, alborotados sus sedosos y cobrizos cabellos, sepultado su bello y exótico rostro entre las manos, sollozaba amargamente tratando de ahogar el llanto estentóreo que difícilmente contenía en el límite de su garganta.

—¡Es horrible, es monstruoso…! —exclamó al fin, retirando los dedos de la cara—. ¡No puedo crecerlo! ¡Oscar… por Dios! ¡Dime que no es verdad! ¡Que se trata de una absurda y agobiante pesadilla!

Se inclinó, acariciando con ternura las hebras suaves del cabello y cubriendo su frente tibia de dulces y amorosos besos.

—Debes hacerte a la idea, pequeña. Ni yo mismo podía intuir algo tan maquiavélico después de escuchar la confesión del cirujano Kubrik. Pero no tenemos más solución que aceptarlo. La mente humana no conoce los límites de la perversidad y ello hace que en determinadas circunstancias la inteligencia se agudice en abierta carrera en pos del mal. Todo ha pasado, Shirley, y aunque comprendo que las circunstancias son para ti muy dolorosas debes esforzarte por olvidar.

—¡Pero ella está muerta! ¡Laura… que nunca había pensado en el mal!

—Otros pensaron por ella —dijo Oscar con voz tenue. Añadiendo —: Y puede que Laura les esté agradecida y les haya perdonado, porque gracias a ellos… gracias, sí, ahora debe estar muy cerca del Dios a quien dedicó su existencia y al que siempre se esforzó en servir. Sólo Él puede dar a unos y otros lo que realmente hayan merecido.

Le miró con rectitud viendo como él apartaba una vez más aquellos rizos pertinaces que rielaban su frente. Anunció:

—Es posible que esté pecando, Oscar. Pero eso, no puede en ningún modo servirme de consuelo.

—Lo sé. Ahora es muy difícil convencerte de la realidad. Creo… que ni aún pidiéndote muy en serio que te casaras conmigo…

Agrandó los ojos.

—¿Casarnos? ¿Tú y yo?

—No veo a nadie más en esta sala. Estamos tú y yo, ¿no? ¿O pretendes que pida en matrimonio a una butaca, al sofá o al mueble-

bar?

—Estaré… ¡estaré insoportable!

—Es un riesgo que debo correr.

Shirley corrió a refugiarse entre los fornidos brazos del muchacho que la esperaban abiertos y amorosos. La estrechó con fortaleza contra su torso.

—Aún no has contestado

—Si no te importa que la novia vista de luto…

—No. Palabra. Mientras que por la noche…

—Vestiré de piel.

Sí. Es como las mujeres suelen vestir en la noche de bodas. De piel… y muy natural. Los duelos, con piel, son menos.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

1 Una de las primeras agencias, puede que como tal la genuina, de detectives privados estadounidenses, y desde luego la de mayor renombre.

2 Detective o investigador privado.

3 Término peyorativo en principio y aceptado como adjetivo después denomina a los detectives en América. (Notas del Autor).

4 Cuenca del Patapsco. Baltimore está emplazada en el contado de la costa con el piedemonte, al fondo de la bahía de Chesapeake, sobre los terrenos sedimentarios de la desembocadura del río Patapsco. (Nota del Autor).

5 Lugar subterráneo destinado, en los primeros tiempos de la arquitectura cristiana, para sepultura de los mártires y como lugar de reunión en las catacumbas.

6 Hoyo que se hace en la tierra, de proporciones rectangulares, para enterrar un cadáver